

PRESENTACIÓN

En esta ocasión, *Papeles Ocasionales* toma un carácter más monográfico. Este nuevo número de nuestra revista recoge las ponencias presentadas en la primera sesión presencial de nuestro curso *Perfil de los contenciosos territoriales en Oriente Próximo y Medio*, celebrada en noviembre de 2005. Pero en esta ocasión las distintas contribuciones recogidas versan todas ellas sobre lo que primero fue el Imperio otomano y más tarde la República turca. De este modo, frente a la dispersión, por otra parte también atractiva, de otras entregas, ésta vez nos hemos centrado en un único país. Esperamos sinceramente que esta concentración de esfuerzos resulte de utilidad para nuestros alumnos, para nuestros colaboradores y para todos aquellos que se interesan por estas apasionantes cuestiones.

VICTOR MORALES LEZCANO

TURQUÍA: DEL IMPERIO A LA REPÚBLICA (1914-1923). LA CONSOLIDACIÓN DEL KEMALISMO (1923-1938)

Víctor Morales Lezcano
UNED

I

El tema de los imperios, hoy

El tema de los imperios, su constitución histórica, sus avatares a lo largo de los siglos y su desintegración final ha sido siempre tema atractivo para los historiadores. Según algunas autoridades, lleno de enseñanza para la posteridad.

Ciñéndonos a la Edad Contemporánea, obsérvese que el tema ha hecho derramar alguna tinta. Véase el caso del destino del imperio de Austria-Hungría a partir de 1867 mediante la fórmula del *Ausgleich* o compromiso de equidad soberana entre Viena y Budapest; de la *Santa Rusia* a partir de las reformas que en 1861 impulsó el zar Alejandro II; y del imperio turco-otomano a lo largo de la zona de fechas comprendida entre la guerra de Crimea (1853-55) y la paz de compromiso que se obtuvo en la Conferencia de Bucarest (julio-agosto, 1913) para zanjar la segunda guerra balcánica. El destino de aquellos imperios está en el corazón de una vieja ocupación territorial, política, jurídica, cultural, convivencial incluso, por parte de pueblos y civilizaciones que se han dado cita en torno a las fronteras (reales o imaginarias) de la Europa centro-oriental. La bibliografía consolidada, desde Max Weber a S.N. Eisenstadt, desde Arnold Toynbee a Renouvin-Duroselle, es testimonio fehaciente de esa reflexiva inclinación histórica al estudio de los imperios. Los hechos nudos, y los efectos derivados del cambio que ha experimentado el mapa geopolítico de Europa centro-oriental entre 1989 y los días que corren, han contribuido a replantear cuestiones recidivas, que no están cerradas y que distan mucho de ello: Fejtő, A.J.P. Taylor, Setton Watson, el grupo de editores y colaboradores aglutinado en torno a *LIMES. Rivista italiana de geopolítica*, y un largo etcétera de autoridades historiográficas y politológicas, individuales o colectivas, así lo corroboran. Son prueba fehaciente- entre otras cosas -de que la paz de París y los tratados de 1919-1923 no sellaron para siempre el pasado de los imperios de la Europa centro-oriental que se desplomaron durante la Primera Guerra Mundial; o sea, el de los pueblos envueltos hasta 1914 por las fronteras imperiales y que encontraron al alcance de la mano, a partir de 1919-20, el horizonte nacional tan ansiado desde hacía algo menos de un siglo. Como ocurriría más tarde, en 1945-46, y *-last but not the least-* a partir de 1989, cuando a la multiplicación territorial que se produjo entre 1919-39, sucedió la “concentración” territorial del período 1947-1989, para- finalmente - desencadenarse una nueva manifestación del “síndrome macedónico” en los Balcanes cuando sonó la hora de la desintegración de la URSS. O sea, a partir de la tercera sacudida geopolítica que la Europa centro-oriental ha experimentado en el siglo XX.

Y ello ha sido así porque la historia de los pueblos puede repetirse, o burlarse de sus supuestos fedatarios; e irrumpir, incluso, de acuerdo con la formulación a la que se

alude cuando se dice que se trata de *vinos viejos en odres nuevos*. El espectáculo del último ciclo de guerras en los Balcanes (1992-1998) nos revela cómo la disolución de los imperios austro-húngaro y turco-otomano en 1918-1919 y la descomposición del imperio soviético entre 1989-91 no han trabajado, precisamente, a favor de la estabilidad duradera de los pueblos asentados en los territorios de la zona, aunque éstos hayan ganado cotas de libertad formal, insólitas, a partir de la caída del muro de Berlín.

Miseria y esplendor de la historia, se dirá, parafraseando a Vigny; el caso es que no podemos alterar su naturaleza y fenomenología, sorpresiva a veces, imprevisible con frecuencia. De estos principios hemos de convencernos pronto si aspiramos a captar, en alguna medida, la proteica y multiforme manifestación de la historia. El interés que ha vuelto a despertar el tema de los imperios, de los orígenes de su desarrollo y de las causas de su decadencia, es revelador bastante de las osadas insinuaciones que el autor de estas páginas acaba de verter a propósito de una guerra (1914)- y de una paz (1919) - que creyó cicatrizar con tratados prolijos y nuevos trazados fronterizos las heridas causadas por un conflicto armado. Es más, en Versalles se intentó diluir la confrontación de siglos, al tiempo que propuso el aplazamiento de ajustes civilizatorios pospuestos *sine die*. Fenómeno que Paul Kennedy, y no sólo Samuel Huntington, ha sabido replantear últimamente, cuando hoy- como sucedió después de 1914-18 -el universo de valores reinante con anterioridad en la Europa centro-oriental (concretamente en la Unión Soviética entre 1917-1990) se ha desplomado irremediabilmente, sin que se profile a corto plazo un panorama político capaz de colmar el vacío dejado por la ausencia de nuevas estructuras imperiales de dominación en la vida de los pueblos afectados por éstas.

Los cambios que se han operado en la Europa centro-oriental a partir de 1989 subyacen en el renacimiento bibliográfico y publicístico existente hoy en torno al pasado de aquellos imperios cuyo epicentro ejerció de “vigilante”, de juez, de policía y de exactor a un tiempo en los territorios gobernados por Viena-Budapest, Moscú y Estambul, que administraron con dificultad, pero con cierta eficacia y con pruebas manifiestas de voluntad reformadora a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y primer decenio del siglo pasado. La guerra de 1914 hizo saltar por los aires aquellos imperios centenarios- más el joven y robusto imperio de Alemania (1870-1914) -, provocando con su desaparición una de las cuestiones geopolíticas y culturales más insolubles de la Europa del siglo XX: el establecimiento de un equilibrio geopolítico en los territorios que se extienden desde las aguas del mar Báltico hasta las del mar Negro.

II

El escenario del imperio turco-otomano en su fase de desintegración

Con un mapa en mano- los que ilustran la vieja Historia Universal de Guillermo Oncken, el más moderno de W.R. Shepherd, o los más actuales de Duby y Chaliand - asistimos *de visu* al proceso de “encogimiento” gradual del imperio de los Osmanlíes entre 1815 y 1878. Es decir, a lo largo de los decenios que separan la Europa del Congreso de Viena de la del Congreso de Berlín, dos sanedrines diplomáticos que se pretendieron veladores del concierto de la Europa ochocentista.

La pregunta adecuada, empero, podría ser:

¿Qué ha ocurrido entre tanto, entre un Congreso y otro, en los territorios predominantemente cristianos del imperio de los Osmanlís, en concreto en el de los Balcanes? Ha sucedido, ni más ni menos, que se ha generado diplomáticamente la *cuestión de Oriente*.

Esta *cuestión* internacional- compleja donde la haya -puede ser contemplada desde varias atalayas. Si se la contempla *geopolíticamente*, aparece como el firme empeño ruso en avanzar hacia los estrechos de los Dardanelos desde las aguas del mar Negro, ya sea a partir de sus riberas crimeanas, o búlgaras. Esta proclividad rusa hacia la frontera sur del imperio se hizo manifiesta con Catalina II (tratado de Kúçük Kaynark, 1774) y obtuvo su expresión político-diplomática más ambiciosa en el tratado de San Estéfano (marzo, 1878). Tratado que, dicho sea de paso, alarmó tanto a las cancillerías de Viena-Budapest como a la de Londres porque confería a Bulgaria una presunta hegemonía en los territorios balcánicos; esta operación podía estar al servicio, cual *caballo de Troya*, de los eslavos del norte, o sea, de Rusia en su inveterada inclinación expansiva hacia el sur del continente. De resultas de aquella alarma diplomática, Bismarck jugó su carta de “paladín” de la conciliación europea e hizo que se rectificaran los términos del tratado de San Estéfano en el Congreso de Berlín (junio-julio, 1878), lo que jamás satisfizo ni a las familias hegemónicas del principado búlgaro ni a la jerarquía religiosa del exarcado ortodoxo con sede en Sofía.

Si se considera el problema desde la misma atalaya, pero mirando hacia otro punto cardinal del mapa europeo del último tercio del siglo XIX y albores del siglo XX, la *cuestión de Oriente* puede verse como una maniobra de la Europa anglo-francesa tendente a contener tanto el *Drang nach den Süden* del imperio de Rusia como las ostensibles veleidades “ocupacionistas” del imperio austro-húngaro en tierras limítrofes con su frontera balcánica; veleidades que culminaron, a propósito, con la anexión de Bosnia-Herzegovina en 1909. Ahora bien, esta búsqueda de un equilibrio -o *Gleichgewicht*- entre las potencias europeas y el conjunto de sus intereses variopintos en el sureste de Europa, hacia 1900, no exonera a Gran Bretaña- ni a Francia -de un considerable grado de *cupiditas*, de distinta naturaleza en ocasiones, pero parangonable a la ambición expansionista de Moscú y Viena. Se podría afirmar que se trataba de una *cupiditas* no exenta de codicia estratégica, marítima y mercantil en la cuenca del Mediterráneo oriental.

No en vano poseían las potencias cristianas, y las consideradas geopolíticamente occidentales, en particular, derechos y prerrogativas preciosos denominados *Capitulaciones*, extendidos por la *Sublime Puerta* a favor de los “súbditos francos” residentes, sea en las provincias árabes norteafricanas, sea en las provincias árabes del Levante, en manos del “Gran Señor” del Topkapı. No en vano, además, el *Foreign Office* y el *Quai d’Orsay* habían amparado la penetración comercial y financiera de los intereses particulares de sus *ressortissants* en el imperio turco-otomano. Los británicos en Egipto (1882) y Chipre (1898), con el cálculo de la intención ocupacionista puesto en el canal de Suez; los franceses estableciéndose en las regencias berberiscas de Argel (1830) y Túnez (1881), amén de la defensa de los *Santos Lugares* cristianos en Jerusalén y de la población cristiano-maronita del monte Líbano, consularmente protegida desde siglos pasados por los latinos de Occidente.

El sistema internacional del ochocientos convino, en consecuencia, que el “moribundo” imperio de los Osmanlís- *hombre enfermo* de Occidente -era un

problema internacional montado a horcajadas entre continentes, y que, por ende, le competía a ese sistema, ya fuese su contención calculada para que ningún concurrente a beneficiarse de la herencia del “moribundo” pudiera salir ostensiblemente mejorado cuando sonara la hora de la redistribución de sus despojos: “clavar” la cruz cristiana en Constantinopla, ocupar los puertos del imperio y controlar sus vías de paso, llevarse la “parte del león” en la financiación de las obras públicas a ejecutar en las capitales del imperio- Tesalónica, Damasco, Bagdad, El Cairo, Alejandría -. A principios del siglo XX, hasta Italia (islas del Dodecaneso) y Grecia (con importantes bolsas de población fanariota en la costa turca de los mares Negro y Egeo-o sea, en Bursa y Esmirna -), proclamaron sin empacho sus apetencias al reparto territorial que se avecinaba, aunque sus pretensiones a ese “reparto” sólo fuesen cursadas en calidad de potencias menores.

III

La cuestión de Oriente en el período de las reformas del imperio

Sin negar que esta doble contemplación de la cuestión de Oriente posea su grado de verosimilitud, hay que adelantar de entrada que la historiografía europea, en su conjunto, ha caído complacientemente en una percepción unilateral, y, por ende, sesgada, del fenómeno histórico de marras.

La configuración de esta interpretación del proceso histórico del “moribundo” otomano, víctima de sus falibilidades (“la sensualidad”), cuando no, de su falta de vigor (“la abulia”) y carencia de inventiva moderna, ganó terreno a lo largo del siglo XIX. Los enemigos cristianos del Topkapi consiguieron conferir esa impronta interpretativa de la Turquía imperial a la posteridad inmediata. Lord Byron, con su noble exaltación de la irredenta Hélade, y no pocos viajeros románticos que hicieron del Oriente administrado por los otomanos un “*Oriente de inventario*” (Edward Said), hicieron su aportación congrua a una imagen congelada del imperio osmanlí llamada a perdurar durante siglos.

Hubo algún que otro arqueólogo alemán (Winckelmann, filoheleno integral) y diplomático ruso (Conde Ignatiev) que añadieron su óbolo a la colecta, presentando a la civilización otomana como un retroceso histórico en la marcha de aquellos que “*de lo obscuro hacia lo claro aspiran*” (Goethe). Y aunque no faltaron algunos turcófilos en las filas de las élites viajeras de Occidente como Pierre Loti y Blasco Ibáñez, la imagen congelada de la Turquía otomana que ha sido transmitida de generación en generación al acervo cultural, al imaginario colectivo y a los manuales de historia occidentales (e incluso árabes), y en cuyas páginas los bachilleres de infinitas promociones han aprendido de memoria a retener para siempre una imagen congelada (véase “el yugo turco-otomano”). Es la imagen de un imperio fatalmente condenado a perecer de resultas de los males internos que le afligieron y que no supieron ni diagnosticar correctamente ni tratar con adecuación curativa sus responsables históricos. O sea, los ilustrados de la *edad del Tulipán*; los reformistas de los *Tanzimat*; los *Jóvenes Turcos* que lucharon contra las pulsiones absolutistas del sultán Abdulhamid (1842-1909). La Turquía imperial sería, en consecuencia, un fracaso prolongado luego del esplendor de sus inicios.

El autor de estas páginas quiere advertir, empero, que hoy se impone recuperar con un mínimo de imparcialidad este tema, en la línea de aportaciones occidentales autorizadas que van desde las de Albert Hourani y Bernard Lewis hasta las de Robert

Mantran, Paul Dumont, y Jacques Thobie; desde las aportaciones de Kemal Karpat y Sükrü Hanioglu a la de Halil İnalcık y Feroz Ahmad entre los historiadores turcos de prestigio; desde el esfuerzo que hacen Abdeljelil Temimi y el CIEPO en Túnez, por mencionar alguna figura señera de la historiografía árabe, hasta los ensayos interpretativos de un Miguel Ángel Bunes y de un Francisco Veiga en España.

El viejo imperio de los otomanos, cuya clave de bóveda era el Sultán del Topkapı- Califa sunní de todos los musulmanes -, cuya red de control sobre las provincias cristianas, asiáticas y norteafricanas, había residido en una sutil combinación legitimadora, hecha de respeto a las tradiciones locales, étnicas, culturales y religiosas (*millets*) de los diversos pueblos del imperio, entró en el siglo XIX con sensibles déficits de desarrollo modernizador frente a las potencias europeas con las que secularmente venía conviviendo, y cada vez más intensamente, desde el siglo XVIII. Estas potencias empezaron a cercar al imperio otomano hasta poseer en sus manos, una a una, las teselas componentes del mosaico turco-otomano. Bernard Lewis nos ha contado con sus vastos conocimientos y capacidad de análisis, la diferencia abismal existente en el imperio entre los tiempos de Soleimán *el Magnífico* (1520-1566) y los de Abdulhamid (1870-1909). Otro tanto ha hecho Hourani, quien no ha desdeñado el esfuerzo reformista, hecho desde arriba (una tradición de gobierno muy turca, como podremos verificar más adelante), que ha pasado a ser reconocido con el término genérico de *Tanzimat*, o reorganización administrativa del aparato imperial tanto militar como civil. Los decretos de Hattai Hunyun (1856) fueron la expresión legal de esa voluntad reformadora que impulsaron muchos *principales* (*effendi*) del imperio, no sólo desde Estambul, sino que a su manera habían hecho suya el "heterodoxo" Mehmed Ali en Egipto y los círculos del poder, mentalmente avanzados, que se movían en torno al Palacio de El Bardo en el Túnez husseini.

Ahora bien, la necesidad de impulsar la renovación militar del ejército y el progreso científico de las academias, de fomentar el crecimiento material y productivo, aunque sin arrasar con la tradición agrícola del occidente de Anatolia, y sin deshacer la tradición artesanal del país profundo, de actualizar el acervo cultural islámico a través de reformas escolares, de cimentar el constitucionalismo político en el viejo cuerpo de un imperio burocratizado, no fue tarea fácil de ninguna de las maneras. Y, desde luego, fue por todo ello que esa tarea se demostró imposible entre 1856-1909; pero esto mismo no debe hacernos olvidar el valor de antecedente regenerador, desde dentro, que supuso aquel período y que legitimó el esfuerzo de las élites otomanas encabezadas por la figura de Midhat Pasha y los *Jóvenes Otomanos* durante el reinado de Abdulhaziz (1861-1876) y, poco después, por los *Jóvenes Turcos* que pusieron fin al absolutismo de Abdulhamid entre 1909-1913, como ya se ha señalado anteriormente en estas páginas. El titánico esfuerzo de muchos componentes del *Comité para la Unión y el Progreso* (CUP) iniciado a finales del siglo XIX, terminó por abrir el camino a ulteriores reformas, aunque el CUP se equivocara en la orientación de las alianzas exteriores que hubo de contraer el gobierno constitucional del imperio otomano cuando estalló la Primera Guerra Mundial en Europa.

De este período revuelto de pre-guerra, data la floración de los *Jóvenes Turcos*- ávidos de renovación -; de la literatura cargada de quintaesencia panturquista de un Tekin Alp; y la emergencia de Mustapha Kemal (futuro Atatürk), padre de los turcos y "taumaturgo" fundador de la república de Turquía en 1923; mientras que los herederos otomanos de las élites reformadoras del ochocientos inician la transición dificultosa a lo

que devendrá la república. La Europa hegemónica, por su parte, se mostrará con frecuencia incapaz de entender las “*identidades complejas*” de la región (la expresión es de Georges Corm), decidiendo exportar a espaldas, e imponer sin rebozo una concepción y un aparato del estado-nación jacobino sin género alguno de consideración matizadora para con las “*identidades complejas*” de aquellas latitudes orientalo-occidentales del Asia Menor, hipersaturadas de zonas fronterizas y acúmulos de civilizaciones milenarias. Tras la *Gran Guerra* que ha enfrentado a las potencias de la Triple Entente y la Tríplice, el tándem Londres-París- no sin la anuencia del Presidente Wilson de los EE.UU -pretenderá que la residual herencia territorial del imperio turco-otomano en los Balcanes (y con el tiempo en las provincias árabes del Topkapı) se pueble de monarquías, repúblicas, principados y mandatos que faciliten- ayer como hoy -la sucesión de estados. Había sonado, pues, la hora del reparto, que se había pospuesto gradualmente no sólo por la pericia reformadora de algunos pro-hombres del sultanato, sino también por los designios de las potencias del Occidente europeo- siempre alerta ante el deslizamiento progresivo de la Rusia de los zares en dirección de los Estrechos -. La historia de los Balcanes y del Oriente Próximo durante el período de entreguerras es (dicho sin jocosidad gratuita) la cuadratura del círculo que, debidamente cuadrículado de nuevo, sea garante de la paz en Asia Menor y de los intereses occidentales en la zona de marras- es decir, el Oriente Próximo -.

La sorpresa, sin embargo, saltaría bruscamente a escena para perturbar la fabricación cartesiana con que las grandes potencias gustan construir determinados conjuntos geopolíticos que, a la larga, suelen despedazar con furor el atuendo que estos constructores les ha confeccionado prioritariamente sin respetar talla ni medidas.

IV

Del imperio en guerra a la república de Atatürk

El CUP, integrado por oficiales del ejército otomano y otras cabezas sobresalientes de la avanzadilla constitucionalista turco-otomana, impuso entre 1908-1914 un paréntesis esperanzador en el decaído estado del imperio. Los Murad Bey, Ahmed Riza, Enver Pasha, el Príncipe Sabaheddin y Mustapha Kemal mismos hundieron sus raíces personales en el terreno abonado del grupo de los *Jóvenes Turcos*, movimiento regeneracionista- “decabrista” -que llegaría al poder por vías y conductos intermedios tales como el CUP primero y, más tarde, a través del *Pacto Nacional* que recogió en su declaración final el Congreso de Sivas (septiembre, 1919), convocado por Mustapha Kemal en la accidentada post-guerra.

El hecho de que entre 1914-1915 se impusiera en el gobierno de Estambul la orientación germanófila de Enver Pasha, hizo entrar al viejo imperio en guerra del lado del mundo austro-germano (Triple Alianza, 1882), forzándole a tener que enfrentarse, en consecuencia, a las potencias de la Triple Entente, de claro cuño franco-británico.

El transcurso de la Primera Guerra Mundial tuvo efectos inesperados en el mapa de los intereses europeos a escala mundial. Arnold Toynbee, a propósito, fue muy perspicaz al observar hasta qué punto *Pandora* sorprendió a todos los *dramatis personae* del tablado internacional. Si nos ceñimos al teatro de acción que se viene privilegiando aquí, no es tan difícil contemplar retrospectivamente los resultados más notorios que la guerra introdujo en Oriente Próximo:

a) de resultados del conflicto armado de 1914, las instituciones del régimen sultanal en Estambul se vieron sacudidas con violencia (1919-1921) y terminaron por desmoronarse, finalmente, a manos de sus sepultureros del movimiento nacionalista turco. Ello dejó libre el camino a la fundación de la república (*Cumhuriyet*) entre 1922-1923. No se olvide que los *Jóvenes Turcos* eran germanófilos incondicionales y habían promovido desde 1900 la alianza entre Berlín y Estambul: por ejemplo, Enver Pasha (1881-1922) y Talât Pasha (1874-1921) fueron los más conspicuos representantes de la orientación germanófila de los *Jóvenes Turcos*. La alianza con la Alemania guillermina no sólo hirió de muerte en 1918-1919 al imperio turco-otomano, sino que agravaría las consecuencias del proceso de armisticio en Mudros y de la negociación de los plenipotenciarios del Sultán Mehmed VI con las potencias victoriosas y la legalidad francesa establecida en Sèvres;

b) la extinción del imperio turco-otomano generó la llamada a la rebatiña por parte de las potencias beligerantes incorporadas a la Triple Entente. Ya desde abril de 1916, las cancillerías de Londres, París y Moscú practicaron- a la usanza de aquellos tiempos imperialistas -la adjudicación concertada de los despojos del maltrecho *hombre enfermo*. Según aquellos planes, Rusia llegaría a controlar los Estrechos, instalaría la *Santa Cruz* en Constantinopla y recibiría servidos en bandeja los territorios de Armenia y Kurdistán, limítrofes ambos con el ámbito territorial de los Zares por el cordón umbilical del Cáucaso. Gran Bretaña y Francia se anexarían el *Creciente Fértil*, Mesopotamia y Egipto (ya Protectorado británico desde 1882), así como enclaves menores en la zona del Mashriq y del Oriente Medio, codiciados tanto por las riquezas del subsuelo (petróleo y gas) como por la importancia logística que poseían aquellos territorios para garantía de la ruta marítima y continental de las flotas y los ferrocarriles europeos hacia la India y el Asia central. Italia se sumó a la ejecutoria occidental de reivindicaciones territoriales en el Oriente musulmán a partir de abril de 1917, al entrar en el conflicto armado del lado de la Triple Entente. La Grecia de Venizelos engrosó la lista de los candidatos europeos a beneficiarse de los despojos imperiales en pública subasta, luego de “forzar” la participación helena en la guerra mundial desde Creta primero, y a partir de Salónica más tarde, declarando las hostilidades a Bulgaria y a su númen tutelar, Alemania.

Los resultados del conflicto armado antes esbozados, guardan, por poco que lo observemos, una conexión estrecha entre ellos. *Primero*, el precario estado de salud del imperio turco-otomano se agravó con la guerra; a pesar de que la invasión sajona en Gallípoli fracasara en 1915, y de que Estambul contrarrestara con tesón la revuelta de las provincias árabes del imperio que espolearan el General Allenby y el Coronel Lawrence, la suerte del imperio quedó echada a finales de 1918. La paz de París y el prolijo tratado de Versalles (1919) pusieron los fundamentos de un orden internacional que descontentaría gradualmente a los republicanos kemalistas en Turquía y a los emires del mundo árabe- con el *cheikh* de la Meca en cabeza -en el orbe oriental; mientras que en el hemisferio occidental, el movimiento italiano *Il Fascio*, tan temprano como fue la fecha de 1922, y los grupúsculos nacional-socialistas de la festiva Baviera desde 1924, proclamaron a los cuatro vientos su rechazo al espíritu de Versalles. El tratado de Sèvres (10, agosto, 1920), al que antes se hizo mención, así lo revela sin paliativos. Ahora bien, si a las condiciones ominosas que impusieron las potencias vencedoras al gobierno de Constantinopla, oponemos las rectificaciones introducidas en el tratado de Lausana (24, julio, 1924) por la naciente república turca, la pregunta insoslayable ha de ser: ¿qué explicación tiene que el sistema internacional

confiriera a Turquía el control de los Estrechos, reconociera el hecho irrefutable de la integridad territorial de la “provincia” de Anatolia y admitiera la posesión del enclave europeo de la Tracia oriental por el régimen de Ankara?. ¿Cómo se explica que los candidatos al reparto de los despojos imperiales admitieran a la recién nacida república turca (abril, 1924) en el seno de la Sociedad de Naciones, asegurándose, aquella, la posesión física de la península de Anatolia y conservando la relevancia milenaria que había poseído Asia Menor marítima y continentalmente en el transcurso de los siglos?

Dos evidencias incontrovertibles están, en un principio, al alcance de la observación más elemental. Ambas ayudan a entender el tránsito de Turquía del imperio a la república, y lo que es más notorio: la *tónica inconformista de los republicanos kemalistas con el orden internacional de postguerra*.

La *primera* estriba en el triunfo del movimiento nacionalista en Turquía; es aquí donde el factor interno cobra un peso considerable en esta historia. Los protagonistas de la dramática página que se escribió en Anatolia a sangre y fuego entre 1919-1924 eran tanto de origen local como extranjero. Entre los primeros, el antiguo régimen estaba encarnado en la persona del Sultán Mehmed VI y el entorno- residual -de palacio, mientras que la fuerza política e ideológica ascendente en Turquía se aglutinaba en torno a Mustapha Kemal y la plana mayor de sus colaboradores: Ismet Inönü, Ali Fethi Bey, Ali Fuad, Kiazim Karabkir y el Coronel Peker Recep. Ellos, y otros tantos miembros de aquella élite, se alinearon *ab initio* con los principios conductores de la revolución nacionalista turca: *forma de estado republicana; nacionalismo turco* con apoyatura territorial en Anatolia; *creciente intervención del estado* en la vida económica y productiva de la nación; *división de la esfera civil de la religiosa; revolución cultural*, tendente a la laicización y occidentalización de los usos sociales, el alfabeto, el estatuto de la mujer y un breve etcétera. Finalmente, proclamación de un *pacifismo* a ultranza en el futuro. Todo ello implicaba forzosamente un cambio radical de estilo de vida en una sociedad de tradición islámica arraigada- tribal, comunal -, como había sido la turco-otomana desde el siglo XIV.

La *segunda* evidencia posee connotación biográfica. Aquí es donde entra en escena con rotundidad Mustapha Kemal (1881-1938). Hijo de un teniente del ejército otomano establecido en la legendaria ciudad de Salónica, Atatürk realizó una brillante carrera militar (Monastir, Colegio Imperial en Estambul) no exenta de connotaciones políticas de tipo progresista que le impulsaron con fervor hacia el *Comité para la Unión y el Progreso* e, incidentalmente, hacia una sociedad secreta denominada *Pro Patria y Libertad*, hostil al absolutismo del Sultán Abdulhamid.

Atatürk discrepó de Enver Pasha- figura emblemática de los *Jóvenes Turcos* -en la orientación germanófila que los miembros predominantes del CUP imprimieron al gobierno constitucional del imperio en asuntos exteriores a partir de abril de 1909. El futuro fundador de la república había ido contemplando con desolación cómo la presencia turca fue menguando en Europa durante las guerras balcánicas (octubre, 1912-mayo, 1913; junio-julio, 1913). Asistió, luego, a la derrota final del ejército imperial en varios frentes de la *Gran Guerra*, y a la aceptación de los términos del armisticio que las potencias de la Entente impusieron a la delegación del Topkapı en Mudros (octubre, 1918). El espíritu de la imposición que sellaban las potencias occidentales quedó plasmado en el articulado del tratado de Sèvres.

Atatürk y los “suyos” emprendieron a partir del armisticio- y desde la firma del tratado de Sèvres -una campaña de resistencia firme al despedazamiento de la Turquía anatólica, como se ha perfilado en páginas anteriores. Son los años de los Congresos nacionalistas de Erzurum y Sivas, de la declaración de hostilidades guerrilleras a las potencias extranjeras que, con Gran Bretaña a la cabeza, habían hecho cálculos anexionistas de Anatolia en fecha tan prematura como 1916; fueron, pues, años de rechazo global a los términos del tratado de Sèvres y, en consecuencia, de guerra civil en Turquía entre el viejo sistema sultanal, de un lado, y las élites políticas del nacionalismo republicano, de otra. Para garantizar cierta seguridad en algunos flancos estratégicos de su actuación, el gobierno de la república decidió mantener una concordia duradera con el gobierno de los soviets en la vieja Rusia, vecino septentrional y encarnizado rival de la *Sublime Puerta* en los territorios del Cáucaso y en las provincias otomanas de los Balcanes. La amistad entre Moscú y Ankara se prolongó hasta 1936, cuando nuevas turbulencias políticas en Europa alteraron el *statu quo* que pervivió con achaques durante el período de entreguerras.

Entre el verano de 1920 y la proclamación formal de la república en octubre de 1923, Kemal Atatürk se garantizó plenos poderes (*Ley Fundamental* de enero de 1920; Pacto Nacional constituido por seis principios: autodeterminación; seguridad de Constantinopla; apertura de los Estrechos a la navegación; derecho de las minorías; derogación del sistema de *Capitulaciones*, y ulterior convocatoria de la Gran Asamblea Nacional en abril de 1923), para derrocar definitivamente al antiguo régimen otomano (noviembre, 1922), proceder a la abolición del califato (marzo, 1924), y consolidar sus pretensiones renovadoras a través de una “guerra de comunicados”... primero, y de hechos consumados después. En torno a 1925-26, la república, cierto es, se transformó en una autocracia- en kemalismo puro y duro -que se creyó llamada a sacar al país real de su atraso histórico y elevarlo- vía implantación desde arriba -hacia la familia que constituían las sociedades más avanzadas de Europa. Simultáneamente, Atatürk puso las bases de una acción exterior hija de la supervivencia geopolítica, en medio de circunstancias apremiantes. Con los bolcheviques establecidos en Moscú, Atatürk pactó sin titubeos e hizo pequeñas concesiones territoriales en el Cáucaso- véase en Armenia, solar de una masacre de autóctonos cristianos, que todavía sigue alimentando una controversia entre Ankara y Occidente -; renunció a cualquier *veleidad* posesiva en las provincias árabes del imperio, salvo Mossul y Alexandretta; y concentró toda la artillería pesada y el arsenal en el que había resguardado intacta su moral de victoria para combatir a las tropas griegas que intentaron alcanzar la nueva capital de la república- Ankara -y terminaron- en cambio -por ser derrotadas en la batalla de Sakarya (agosto-septiembre, 1921), y expulsadas luego de Esmirna semanas después. Esta victoria sobre las tropas griegas significó, en particular a partir de la batalla de Sakarya, el principio del fin de la intervención de las potencias de la Entente en tierras de la península de Anatolia. En rigor, los principales derrotados en la batalla de Sakarya fueron Lloyd George y los gabinetes de París. Grecia- por su parte -hubo de renunciar a la *Gran Idea Panhelénica* o *Megal Idea*, que se remontaba al último tercio del siglo XIX, período que fue un vivero palpitante de nacionalismos variopintos en todo el sureste de Europa. De tales conclusiones, piensa el autor de estas páginas, no diferirán muchos lectores familiarizados con los acontecimientos-clave que llenan el capítulo fundacional de la Turquía moderna. A saber, la resistencia nacional turca, la guerra civil, la guerra de independencia contra la invasión extranjera de postguerra y la fundación del nuevo régimen republicano turco entre 1919-1923. Todos estos eventos,

todas estas fases del proceso de transición histórica- donde la haya -tuvieron por escenario la milenaria Asia Menor.

Algunos biógrafos de Kemal Atatürk han sabido conjurar el peligro de la hagiografía, o al menos el de la rendición incondicional al sujeto-intérprete de la biografía, tentación en cuyos brazos seductores no es fácil no sucumbir cuando se es visceralmente maniqueo. Los estudiosos más objetivos han hecho, así, un estimable servicio al personaje mismo, a la época dramática de la Turquía post-otomana, al género biográfico y, *last but not least*, a ellos mismos, en cuanto profesionales. Es el caso de las obras de Lord Kinross, Kemal Karpat, Bernard Lewis, Selim Deringil, Feroz Ahmad y E. J. Zürcher, que figuran citadas en el apartado bibliográfico de este ensayo.

V

La consolidación del presidencialismo autoritario

Toda la etapa de la república turca bajo mandato de Atatürk fue un corolario -a veces discutible- de los años heroicos. Entre 1925-1928, el *Ghazi* procedió a través del republicano *Partido del Pueblo* y del más estricto control del aparato institucional de la república, a agilizar la legislación de base (de entronque franco-germano) concebida para "provocar" desde arriba la transformación de Turquía en un país dispuesto a ejecutar el ¿salto?, ¿la transición?, desde su pasado- realmente venerable para los guardianes de la tradición -, pero política, social e industrialmente anacrónico, a los tiempos de transformación que venían predominando en Occidente desde el arranque del siglo XIX. Atatürk mismo pronunció en la Asamblea Nacional un prolongado discurso para justificar las medidas de excepción que hubo de adoptar, e imponer, con la *Ley para la Restauración del Orden* y con la introducción en toda la república de los *tribunales de emergencia*. Ambos dispositivos fueron dirigidos contra una triple y tenaz oposición a la ¿revolución? republicana: 1º) las insurrecciones kurdas en los territorios del este; 2º) la contrarrevolución de las órdenes religiosas más afectadas por el proceso secularizador desencadenado en Ankara a partir de 1925; 3º) las resistencias civiles al "pecaminoso" modernismo que el *Ghazi*, en persona, encarnó en su imagen pública. Por ejemplo, calándose el sombrero en actos oficiales; recurriendo al divorcio en la única ocasión en que contrajo matrimonio; e, incluso, no recatándose de otros hábitos menos plausibles que pertenecían al ámbito de su vida privada, aunque fueran un secreto a voces.

Más adelante, entre 1930-1937, Kemal Atatürk entró en el tejido de las alianzas con sus vecinos balcánicos, a medida que se fue acentuando el descontento de algunas potencias europeas con el orden internacional de Versalles. El tratado de Belgrado (mayo, 1929) y el pacto de los Balcanes (febrero, 1934) estrecharon los lazos entre Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumania, Grecia y Turquía. Fiel, sin embargo, a la herencia bicontinental de Turquía, Atatürk favoreció también el aliancismo diplomático que se inclinaba del lado asiático, favoreciendo la ineludible proclividad oriental de un país, y de una civilización- hitita, grecorromana, turco-islámica -que la geografía ha puesto en el quicio entre dos continentes. Al suscribir el pacto de Sadabad (junio, 1937) con los jefes de estado de Persia (hoy Irán), Iraq (recién independizado de la tutela británica bajo la dinastía Hashemí) y Afganistán, el gobierno de Ankara consolidaba de esta manera el inveterado papel de Turquía en cuanto puente estratégico entre el este y el oeste.

La muerte del presidente de la república en noviembre de 1938 vino a cerrar un ciclo dramático de la historia moderna de Turquía, país que se vio catapultado desde su pasado glorioso- venido a menos, y revivificado por las reformas de los *Tanzimat* del ochocientos -al corazón de los problemas históricos del siglo XX. Con la muerte de Atatürk no hacía, en rigor, sino iniciarse, como Toynbee y Hourani, entre otros, pusieron de relieve en su momento, la primera experiencia modernizadora, desde arriba, de una nación perteneciente a la civilización de estirpe religiosa islámica, que saltaría a partir de 1945 de su estadio agrícola y artesanal a una ubicación económica más equilibrada entre los tres sectores constituyentes de toda estructura económica moderna. Sólo teniendo en cuenta este telón de fondo es como puede valorarse en toda su intrepidez la página que en decenios turbulentos donde los haya, escribió el llamado *lobo gris de Anatolia*. Republicano nacionalista a ultranza en principio; inconformista tenaz con la paz de París y los términos de su aplicación al estado de la Turquía kemalista; autócrata con puño de hierro en los años cruciales para el asentamiento republicano: 1925-1930; abogado incondicional de la paz y configurador de la futura neutralidad de Turquía en la Segunda Guerra Mundial en el último tramo de su mandato; tales serían, en conclusión, las facetas relevantes del *Ghazi*- que no fueron pocas -.

Sólo teniendo en cuenta todo lo anteriormente apuntado, es como podemos explicarnos la serie de apreciaciones tanto críticas como elogiosas, que inspiró la república durante los años de entreguerras, e incluso después de desaparecida en 1938 su *cabeza visible*. En qué medida sobrevivió la república a la desaparición de Atatürk- de nuevo en tiempos revueltos como fueron los de 1939-1945 -, es otra de las cuestiones cruciales para los observadores del proceso de cambio, mutante, que habían puesto en circulación los sectores pro-europeos, modernizadores, del mundo otomano hacia 1890. Con el beneficio que confiere la perspectiva histórica, los observadores y analistas de no importa qué latitud o encuadramiento cultural, pudieron comprobar, a partir de 1946, que la aventura republicana de Turquía (astutamente neutral durante la Segunda Guerra Mundial) bajo la batuta institucional de Ismet Inönü, era considerada como irreversible- aunque con ulteriores derivas políticas de signo imprevisible -. Como así ha sido durante tres cuartos de siglo de post-kemalismo (1938-2002), hasta que en las elecciones generales de septiembre de 2002, un "voto piadoso"- predominantemente musulmán -ha colocado a Taieb Erdogan (ex-alcalde islamista, de Estambul) en la presidencia del gobierno de la laica Turquía.

BIBLIOGRAFÍA

AHMAD, Feroz: *The Young Turks, The Committee of Union and Progress in Turkish Politics: 1908-1914*. Oxford, 1969.

ALEXANDRIS, Alexis: *The Greek Minority of Istanbul and Greek-Turkish Relations, 1918-1974*. 2ª ed., Center for Asia Minor Studies, 1992.

ANDERSON, M.S.: *The Eastern Question, 1772-1923. A Study in International Relations*. London: MacMillan, 1966.

AVDIN, Mustapha: *World Expertise on Turkey and Turkish Foreign Policy*. Ankara: Center for Strategic Research, 2002.

BADUEL, P-R. (ed.): "Turquie. La Croisée des Chemins", *Révue du Monde Musulman et de la Méditerranée*, Edim., 1989. De especial interés son los trabajos de J. Thobie, F. Georgeon y D. Panzac.

BERKES, Niyazi (ed.): *Turkish Nationalism and Western Civilization: selected essays of Ziya Gökalp*. London: Allen and Unwin, 1959.

BODURGIL, Abraham: *Mustapha Kemal Atatürk: a Centennial Bibliography*, 1984.

BUNES, Miguel Ángel de: "El imperio otomano y la república de Turquía; dos historias para una nación". <http://www.google.es/sea.../Bunes.pdf+proclamacion+republica+Turquia> ; consultado el 27/07/04.

CORM, Georges: *L'Europe et l'Orient: de la balkanisation à la libanisation. Histoire d'une modernité inaccomplie*. París: La Découverte, 1989.

DANN, Uriel (ed.): *The Great Powers in the Middle East: 1919-1939*. New York: Holmes and Meier, 1989.

DUROSELLE, J.B.: *Tout empire perira. Une vision théorique des relations internationales*. 2ª ed., París: Publications de la Sorbonne, 1982.

EISENSTADT, S.N.: *Los sistemas políticos de los imperios*. Madrid; Revista de Occidente, 1966.

FEJTÖ, François: *Réquiem por un imperio difunto*. Madrid: Mondadori, 1990.

GEORGEON, F.; DUMONT, P.: *La Turquie au seuil de l'Europe*. Paris: L'Harmattan, 1991.

"La GUERRA in Europa; Adriatico, Jugoslavia, Balcani". *Limes. Rivista italiana di geopolitica*, Roma, n. 1-2 (1993).

HALLIDAY, Fred: *The Middle East in International Relations. Power, Politics, and Ideology*. Cambridge University Press, 2005.

HOURLANI, Albert, et al.: *The Modern Middle East*. London: I.B. Tauris, 1ª ed., 1993. También, *Arabic Thought in the Liberal Age: 1789-1939*. Oxford University Press, 1962.

HUNGTINTON, Samuel: *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. New York: Simon & Schuster, 1996. Trad. Castellano: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós, 1997.

HUREWITZ, J.C.: *The Middle East and North Africa in World Politics. A Documentary Record*. 2ª ed., Yale University Press, 1979, v. II.

INALCIK, Halil: "The Place of Ottoman-Turkish Empire in History", *Turcica*, Ankara, v. I, n. 1 (1964), p. 57-64.

KARPAT, Kemal (ed.): *The Ottoman State and its Place in World History*. 1976. También, *Turkish Foreign Policy: Recent Developments*. Wisconsin University Press, 1998.

KAZANCIGIL, A.; OZQUDUN (eds.): *Atatürk, Founder of a Modern State*. London, 1981.

KENT, Marian (ed.): *The Great Powers and the End of the Ottoman Empire*. London, 1996.

KEYDEN, Çağlar (ed.): "Ottoman Empire: Nineteenth Century Transformation", *F. Braudel Center Review*, v. XI, n. 2 (1998), p. 119-288.

KINROSS, Lord: *Atatürk. The Rebirth of a Nation*. 3ª ed., Nicosia: Rustem and Brothers, 1981; ed. castellano: Grijalbo, 1986.

LEWIS, Bernard: *The Emergence of Modern Turkey*. London, 1961.

LEWIS, Bernard: *The Muslim Discovery of Europe*. New York: Norton and Co., 1982.

MORALES LEZCANO, Víctor: *España y la Cuestión de Oriente*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, col. Biblioteca Diplomática. Prólogo de Bernard Lewis, 1992.

« Il NOSTRO islam ». *Limes. Rivista italiana di geopolitica*, Roma, n. 3 (2004).

PETRICIOLI, Marta: *L'Italia in Asia Minore. Equilibrio Mediterraneo e ambizioni imperialiste alla vigilia della prima guerra mondiale*. Firenze: Sansoni, 1983.

PONTEIL, François: *La Méditerranée et les Puissances. Depuis l'ouverture jusque la nationalisation du canal de Suez*. Paris; Payot, 1964.

SAID, Edward: *Orientalismo*. Madrid: Libertarias, 1991. Prólogo de J. Goytisolo.

SUNAR, İskay; SAYARI, Sabri: "Democracy in Turkey: Problems and Prospects", *Transitions from Authoritarian Rule. Southern Europe*; ed. Guillermo O'Donnell et al..The Johns Hopkins University Press, 1986.

TEMIMI, Abdeljelil: "Les mécanismes de l'évolution des études ottomanes: état et perspectives (1974-1998)"; "Les études arabes d'histoire ottomane", *Arab Historical Review for Ottoman Studies*, n. 17-18 (sept. 1998), p. 103-115; 149-153.

TOYNBEE, Arnold: *The Western Question in Greece and Turkey. A Study in the Contact of Civilizations*. London: Constable and Co., 1922. *The Greeks and their Heritages*. Oxford University Press, 1981.

URIARTE, Carmen: *Las relaciones hispano-turcas durante la guerra civil española*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1995. Prólogo de V. Morales Lezcano.

VANER, S. (dir.): *Modernisation autoritaire en Turquie et en Iran*. Paris: L'Harmattan, 1981.

PERCEPCIONES CRUZADAS: DESENCUENTRO ENTRE TURCOS Y EUROPEOS*

Gül Işık Alkaç

(Universidad Complutense de Madrid)

Turquía es poco conocida: un vago recuerdo histórico dibuja su imagen como la de un antiguo enemigo posteriormente olvidado durante siglos; y se confunde con el árabe y el magrebí bajo el común denominador del Islam.

Terminados los siglos gloriosos de una parte y de la otra, terminaron las relaciones: a partir del s. XVII, la presencia del turco desapareció del horizonte social. Ni las relaciones políticas que se reestablecieron en el último cuarto del siglo XVIII, ni las de los siglos siguientes o las de los años de la República Española tuvieron una trascendencia como para cambiar el tópico.

El novelista Blasco Ibáñez trazó un cuadro de los últimos años del Imperio Otomano y el diplomático E. Garrigues presentó un compendio histórico del país, pero, a excepción de los artículos de prensa con motivo de los acontecimientos puntuales, es sólo a partir de los años ochenta cuando Turquía y el turco empiezan a tener cierta *presencia en la opinión pública* española, con los reportajes literarios del escritor Juan Goytisolo. Últimamente, ese país empezó a aparecer en la prensa como un tema frecuente por su futura incorporación en la UE.

En muchos de los países europeos que tuvieron contactos históricos más continuos con Turquía bajo forma de guerras y alianzas existe una imagen cercana a la real, pero siempre tónica y no exenta de prejuicios.

Ya en 1856, en el acuerdo de París, que siguió a la Guerra de Crimea, se afirmaba que el Imperio Otomano formaba parte del “concierto europeo”. En la I. Guerra Mundial el Imperio estuvo presente como aliado del Eje, y también fue seguida con gran interés general la creación de la República Turca y la modernización del país en los años 1920-1930.

Y en el Imperio Otomano, a partir de mediados del s. XIX, hubo una fuerte presencia cultural europea. A partir de las mismas fechas, países como Francia, Gran Bretaña y Alemania acogieron a estudiantes y refugiados políticos otomanos. Y, en el s. XX, a partir de 1960, países fuertemente industrializados de Europa recibieron a los trabajadores turcos, una población procedente de lo profundo de la Anatolia, emigrantes económicos sin experiencia de vida urbana, profundamente arraigados en su cultura rural, en la que prevalecía intacto el credo musulmán. Esa masa humana que en la actualidad ronda los cuatro millones de almas presenta una realidad compleja con niveles diversos de adaptación a la vida europea. Con esa población turca emigrada se encuentra conviviendo el ciudadano europeo, que forma la parte dominante de la opinión pública, con el resultado de que en los sondeos a menudo prevalece el rechazo a

* Es el extracto de mi ponencia que a su vez es un resumen de mi contribución a la revista *Hesperia*, publicada en noviembre de 2005.

una plena incorporación de Turquía a UE. Recelo que en la actualidad está afectando la política de sus gobiernos.

En los países europeos que tienen una sensible presencia social turca prevalece la imagen tópica del turco como emigrante problemático o como refugiado político, cuando no como antiguo antagonista.

Últimamente, en la medida en que la presencia del Islam se ha vuelto conflictiva con el mundo occidental, en esta imagen se está acentuando mayormente el rasgo islámico: se evalúa al turco, se lo acepta o se lo rechaza sobre todo en cuanto musulmán. Los sectores progresistas, partidarios de una Europa multicultural, como un espacio abierto a todos los credos, tienden a aceptarlo considerándolo una riqueza cultural; los conservadores, fieles a la idea de la Europa de raíces cristianas, formada en antagonismo con el Islam, tienden a rechazarlo.

En Europa todavía falta un conocimiento generalizado de la realidad socio-cultural de la Turquía actual; que, por otra parte, es extremadamente compleja, tal como es de esperar de un país de setenta millones de habitantes, con una amplia extensión territorial, en un punto geográfico crucial, con muchos siglos de historia y que fue escenario de una multitud de razas humanas con sus culturas distintas.

Se trata de un país básicamente dual en su sociedad y cultura, bisagra y puente entre el Oriente y el Occidente, que trata, desde hace dos siglos, de realizar una síntesis colectiva e incluso individual, en todos los aspectos de su vida, entre su cultura de fundamento islámico— *fundamento y no fundamentalismo* —y las culturas europeas de origen cristiano.

Turquía ya es parte imprescindible de Europa en su historia y su presente: en la posguerra fue uno de los primeros países en adherirse al Consejo de Europa; sus relaciones con la Unión Europea se remontan a 1959, a los años de su formación; en el lejano año 1963 firmó el Acuerdo de Asociación en Ankara; en 1995, con la Unión Aduanera se integró en la parcela económica y comercial de la UE; en 1999 fue aceptada como país candidato, y, por fin, en octubre de 2005, empezaron las negociaciones de adhesión.

En todo este largo recorrido, el objetivo de la incorporación fue llevado como una política de Estado inmutable por todos los gobiernos, independientemente de su distinta orientación ideológica. Es que, en la percepción turca, ser aceptado y formar parte de Europa es mucho más que un paso político-económico: es la culminación de su modernización, de su revolución republicana, casi un ideal.

En el comienzo del siglo pasado el país se encontraba en un cruce, en el comienzo del siglo nuevo también se encuentra allí; realmente Turquía lleva más de un siglo instalada en el cruce histórico-cultural. Esta postura incómoda es su característica fundamental, *y es posible que sea también su baza ante la UE*. Los turcos están colectivamente conscientes de ello, de manera que la polémica está desatada en la opinión pública y en la prensa: un clima de vivo debate, donde están cayendo muchos tabúes y se están poniendo en tela de juicio conceptos y principios que hasta hace poco tiempo se consideraban inamovibles. Turquía, país joven, está cambiando con rapidez, y es demasiado pronto para definir la envergadura y *el sentido* del cambio.

En Turquía también son operantes percepciones tópicas e insuficientes con respecto a ese Otro que es Europa. Para entenderlo es preciso considerar la historia de los últimos dos siglos y ponerse en la piel de los turcos. En términos actuales, diríamos que a los ojos de este fino observador valenciano la falta de liberalismo y la profunda convicción religiosa son los rasgos peculiares del turco de comienzos del siglo XX, los que lo separan irremediabilmente del ser europeo.

En el primer cuarto del s. XX, los intelectuales otomanos se orientaron en tres direcciones ideológicas. El *panislamismo* en ciertas versiones apelaba a la unión de las poblaciones musulmanas ante el colonialismo occidental, en otras versiones se aliaba con el nacionalismo otomano. El *turquismo* se desarrolló a partir de los estudios de turcología en Europa y se fue transformando en una política de poder mientras las tierras otomanas se iban reduciendo a la madre patria de los turcos. Y el *occidentalismo* proponía el progreso científico y económico a todas las poblaciones otomanas como una plataforma unificadora común.

Son tendencias de pensamiento que dominaron el s. XX turco y sobrevivieron hasta la actualidad. En las posturas de los intelectuales, inspirados a hermandad en seno al Islam o al sólido nacionalismo turco o europeístas a ultranza son todavía reconocibles. Ahora mismo la ideología nacionalista mantiene su vigor en un país regido por un partido islamista empeñado en adherirse a las instituciones europeas.

En la I. Guerra Mundial el Imperio Otomano participó como aliado de unos países europeos, y salió de ella vencida, con sus tierras ocupadas por otros países europeos, por los mismos que otras veces en el pasado había tenido por aliados, los que lo habían asesorado en sus reformas, y cuyas instituciones y leyes él había adoptado. Se dio una ruptura total con la Europa victoriosa. Esta ruptura resultaría traumática en un país que en su historia no tuvo la experiencia de estar ocupado, creando una profunda desconfianza hacia el Occidente: la Europa idealizada como modelo de civilización se transformaría a los ojos de la mayoría en la Europa colonialista de la ocupación.

En 1920 los Aliados impusieron al Imperio Otomano el Acuerdo de Sèvres, que prácticamente era el decreto de defunción de un Estado con seis siglos de vida: Estambul y los Estrechos serían ocupados y confiados a la administración de una comisión internacional; asimismo se establecía el control internacional sobre los puertos y los ferrocarriles; la economía del país sería organizada en base a los intereses de los Aliados, el ejército fue desmovilizado. Los dos tercios de la península de Anatolia serían repartidos entre los vencedores; estaba prevista la creación de un Estado independiente armenio, así como de un Kurdistán autónomo. A la componente turca fundamental del Imperio se dejaba un pequeño territorio reducido a la parte central de la península con sólo tres provincias entre las cuales Ankara, y una cinta costera limitada en el Mar Negro. De esta manera, la población relativamente desarrollada, productiva y dinámica se quedaría en las áreas repartidas, dejando en la zona turca unas masas campesinas, sin industrias, sin comercio, sin burguesía. Se crearía así un “Estado campesino” de tipo semi-colonial. De hecho, al poco tiempo, encendida la mecha de la resistencia, esas mismas masas populares formaron la base de los ejércitos milicianos en la Guerra de Liberación.

Para entender la forma de sentir republicano, incluso el actual, es preciso añadir que esta guerra es considerada en la historiografía republicana como un movimiento

antiimperialista “parecido a las luchas de independencia de los pueblos americanos contra el imperialismo español y portugués”.

Los tres años de guerra, que fueron el momento épico-dramático de la historia de la República Turca, terminaron con el Acuerdo de Lausana en 1923 entre las Grandes Potencias por una parte y, por otra, un país pobre pero vencedor de una guerra antiimperialista. Así fueron anuladas las disposiciones del acuerdo anterior no reconocidas por la parte turca y anulada toda pretensión de control de tipo económico, administrativo o político, toda pretensión de intervención desde el exterior y todo privilegio a las minorías. O sea, fue aceptada la creación de una Turquía como Estado unitario e independiente en todos los sentidos

La formación educativa en Turquía fue y es básicamente nacionalista. Lo que significaba Sèvres y lo que pasó entre ese y Lausana, y cómo pudo aquello ocurrir, forma parte de la conciencia histórica y incluso de la educación sentimental nacional. De consecuencia, esta percepción doble y ambigua de Europa al mismo tiempo, como objeto de deseo y de admiración y como posible amenaza exterior hacia la soberanía y la integridad territorial de la patria, permaneció. A pesar del carácter definitivo de Lausana, quedó en muchos ciudadanos turcos cierto “síndrome de Sèvres”, que resurge cada vez que se levantan objeciones europeas con respecto a ciertos problemas considerados exclusivos e internos de Turquía. El problema de “marcar líneas rojas” a la intervención eventual de la UE es una de las polémicas más vivas en la actualidad.

Después de la Guerra de Liberación, se abrió una etapa en que el país quedó forjado como una república nacional laica, organizada según modelos europeos, bajo la presidencia de Mustafa Kemal. Las instituciones de corte europeo fueron la base para una sociedad nueva y para un nuevo hombre: el ciudadano republicano turco. Una fuerte y constructiva ideología nacionalista fue el cemento de esta nueva creación. Fueron modificadas radicalmente no sólo la estructura económica y social del país, sino también aquello que cada turco en particular tenía de más personal y más íntimo: su nombre, sus costumbres, su concepto de la vida, sus expresiones y hasta sus pensamientos.

Está generalizada entre los turcos la conciencia del enorme esfuerzo cumplido en el arriesgado proceso de modernización; el turco republicano espera de los europeos la consideración, la valoración, el respeto por ello y, en consecuencia, un trato igualitario. Y cuando no lo recibe, o cree no recibirlo, se siente rechazado y queda sincera y profundamente decepcionado.

La percepción turca de su propia historia reciente le crea una psicología peculiar, como una tensión íntima que anhela la aceptación por parte de los europeos, profunda y totalmente idealizados por él, ya que desde el comienzo, se dirigió a Europa buscándose sólo un modelo ideal, percibiéndola como un ente superior, y al cabo de ochenta y tres años de república con ideología occidentalista, desea haberla alcanzado ya.

A todo europeo que visita el país le llama la atención la omnipresencia de la iconografía republicana y esto da lugar a otro desencuentro de percepciones: los europeos, que tuvieron la amarga experiencia de los fascismos, reciben a menudo la impresión de un régimen autoritario difícilmente aceptable, en la percepción turca

republicana se trata de los símbolos que sirven para mantener vivo todo lo moderno y positivo de su existencia histórico-social.

Ahora, las revoluciones kemalistas nunca hubieran sido posibles si el primer paso no hubiera sido la abolición del Califato y la secularización de la sociedad.

El mismo espíritu del Tratado de Lausana preveía la creación de una Turquía laica y, en 1924, tan sólo siete meses después de que ese fuera firmado, el Califato fue abolido, fueron cerradas las escuelas coránicas y el Ministerio de la Sha'ría fue sustituido por una Dirección General de los Asuntos Religiosos, directamente dependiente de la Presidencia del Consejo. Asimismo quedaron ilegalizadas las formaciones religiosas a nivel popular y las cofradías que pululaban en el campo como en las ciudades, marcando las pautas de la vida social. De esta manera se aplicaba el laicismo entendido como la erradicación de las normas religiosas en los ámbitos del derecho, de la educación y la organización de la vida social, y como el confinamiento del hecho religioso a la esfera privada individual.

Los europeos, que tuvieron otro proceso histórico, que lograron la conquista del laicismo y la liberación de la conciencia individual en un período mucho más largo, y a través de otras formas de lucha más complejas, también tienen dificultad para comprender todo ello. De ahí la percepción que llegan a tener a veces como de una constricción a la libertad de conciencia. Mientras, los turcos republicanos, acostumbrados a vivir en un régimen en el que la creencia religiosa no es más que una cuestión de educación familiar y opción personal, que presencian manifestaciones de integrismo religioso en sus vecinos fronterizos, y son afectados por ellas, ven en Europa una garantía para un modelo social definitivamente laico.

Por otra parte, la Turquía republicana tiene distintas caras. Desde el comienzo, nunca faltó la resistencia y la oposición al kemalismo. La historia de la República fue la de una larga lucha para el mantenimiento y la consolidación del laicismo conseguido. Después de la muerte de Atatürk, aun los gobiernos más laicos se abrieron a las instancias populares para una liberalización de las manifestaciones sociales de la religión islámica.

Después de la II. Guerra Mundial, Turquía se abrió al régimen multipartidista, y los partidos políticos de derechas, para ganarse el apoyo de las masas conservadoras sobre todo en campo, se hicieron portavoces de los que demandaban mayor peso para la religión en la educación, en la vida social, en la moralidad pública. El conflicto del pañuelo no es baladí como aparece a veces a los observadores europeos. En la percepción turca kemalista el empeño no deja de contener una amenaza social: siendo el velo un símbolo claramente religioso, por una parte, vuelve a crear la imagen de una sociedad organizada en base al credo musulmán, la dualidad social entre los creyentes-practicantes y los otros; por otra parte, repropone una figura de mujer que tiene que estar segregada y protegida en su forma de ser, minando así la base de la sociedad igualitaria y libre, en la cual el credo religioso debería ser un hecho individual particular y no social.

A partir de los años cincuenta, la presencia de la religión en la enseñanza y en la vida social creció paulatinamente. En los años setenta surgieron formaciones políticas directamente inspiradas al Islam y un partido islamista llegó a formar parte de un

gobierno de coalición bipartidista. Desde mediados de los años '80, el apoyo popular a los partidos islamistas no dejó de aumentar, hasta la victoria electoral del actual partido de gobierno. Por otra parte, el mismo gobierno se ha empeñado a fondo en la incorporación del país a la UE hasta conseguir, a pesar de las trabas puestas por la parte europea, una fecha para el inicio de las negociaciones. De esta manera dio prueba de mantener la opción occidentalista, que fue la política de Estado de la República.

Está comprobado que el régimen laico está definitivamente consolidado: existen fuerzas sociales y una amplia opinión pública laicas ya mentalmente integradas con los países europeos, y muy parecidas a los sectores liberales y conservadores de las sociedades europeas. Turquía en su historia no fue tierra de integrismos. La tradición cultural y la educación religiosa son de tolerancia y de pacífica convivencia.

El contacto con la realidad, con las dificultades que surgen en torno a la cuestión de incorporación turca a la UE, produce en la parte turca una profunda decepción y un repliegue nacionalista.

En los medios europeos se nota cierta tendencia a ver a Turquía como polarizada entre musulmanes conservadores y laicos progresistas, sin embargo es una simplificación que no reproduce la realidad de este país demasiado extenso, con una experiencia histórico-cultural demasiado rica. Y cada uno de los sectores sociales abarca contrastes y la percepción de Europa también varía según la postura de cada sector.

En lo relacionado al hecho religioso, mientras los ambientes más embebidos de ideología musulmana ven en el espacio socio-político europeo un paraíso para la libertad total de sus manifestaciones de culto, una garantía para la no-injerencia del Estado en la forma de vivir su fe; mientras que los que sienten haber recibido una formación directamente republicana, ven en ella la garantía para sus formas de vivir laicas. Europa, más que por sí misma, es percibida como una panacea a los males patrios.

Las percepciones cruzadas, más que mejorar la mutua comprensión, han conducido a un desencuentro.

LAS RELACIONES ENTRE TURQUÍA Y LA RUSIA SOVIÉTICA Y LA CUESTIÓN DE LOS ESTRECHOS: ANTECEDENTES Y REPERCUSIÓN EN LA PRENSA ESPAÑOLA (1920-1926)

Sergio Vallejo Fernández-Cela
(Documentalista de Radio Nacional de España)

I. Los antecedentes: El Imperio Otomano y la Rusia Zarista en el Mar Negro

El control de la navegación por las aguas de los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, la vía marítima que comunica el mar Negro y el Mediterráneo, fue una de las constantes claves del enfrentamiento entre el Imperio Otomano y el Imperio Ruso durante varios siglos hasta la desaparición de ambos. La toma de Constantinopla por las tropas del sultán Mehmet II (1441-1481) en 1453, supuso la consolidación del poder otomano en las orillas del Bósforo y los Dardanelos. A fines del siglo XV, con el reconocimiento de la soberanía del sultán por parte del Khanato tártaro de Crimea en 1475, el Imperio alcanzó el dominio de la orilla norte de prácticamente todo el Mar Negro, desde las riberas del Cáucaso (en la actual Abjazia) hasta la desembocadura del Dniéper. De este modo, el Imperio Otomano, en pleno apogeo, pudo controlar una de las vías de comunicación que, desde la Antigüedad, habían puesto en contacto el mundo mediterráneo y el de las estepas euroasiáticas.

El Estado Ruso, bajo la dinastía de los Romanov, y sobre todo con el zar Iván IV El Terrible (1547-1584), había conseguido expandirse hacia el este a mediados del siglo XVI tras conquistar los Khanatos tártaros de Kazán. Tras la crisis interna de principios del siglo XVII, la emergente potencia rusa, que se había anexionado Ucrania en 1667, inició un nuevo proceso de expansión territorial hacia el sur a finales de dicha centuria y comienzos del XVII.

Bajo el zar Pedro I (1689-1725), comenzaron los verdaderos enfrentamientos con los otomanos y los rusos llegaron a tomar en 1696 la ciudad fortaleza de Azov, que dominaba el mar interior de dicho nombre al norte de la península de Crimea, en el Mar Negro. En aquellos momentos, el Imperio Otomano, gobernado por los visires reformadores de la familia albanesa de los Köprülü se recuperaba tras su enfrentamiento bélico con Austria y otras naciones europeas encuadradas en la Liga Santa, en la que se encontraba Rusia. Dicho esfuerzo bélico llevó a los ejércitos otomanos a las puertas de Viena (1683). En el tratado de paz de Karlowitz (15 de julio de 1699), el sultán Mustafá II (1695-1703) reconoció las nuevas posesiones rusas en el mar de Azov y el norte del bajo Dniéster, ratificadas en el Tratado de Estambul de junio de 1700. Karlowitz significó un desastre para el Imperio Otomano, ya que tuvo que renunciar a diversos territorios europeos, como Hungría, Dalmacia, Morea y Podolia. Fue la primera paz desfavorable que los otomanos se vieron obligados a aceptar ante las demás potencias

europeas. Y supuso, además, el comienzo de la penetración económica occidental mediante concesiones comerciales conocidas como capitulaciones.¹

A lo largo del siglo XVIII, Rusia confirmará sus deseos de expansión hacia el sur, buscando una salida al mar a pesar de sus crisis internas. Pedro I volvió a emprender una nueva guerra en 1710 contra el Imperio Otomano, con el pretexto del apoyo de éste a Suecia en la guerra del Norte (1700-1721). Pero se produjo por entonces una reacción otomana bajo el sultán Ahmed III (1703-1730), que había iniciado un tímido proceso de reformas en la administración y el ejército. A esto se añadió el fracaso de los rusos en su ofensiva en Moldavia, y los otomanos recuperaron Azov por el Tratado de Prut (1711).

Bajo el reinado de Mahmud I (1730-1754), Rusia, aliada con Austria, volvió a luchar contra el Imperio Otomano entre 1736 y 1739. El resultado fue el Tratado de Belgrado (1739), por el que se estipulaba que Azov y una región esteparia situada entre los ríos Donetz y Bug meridional fueran cedidas a Rusia, pero ésta debía destruir las fortificaciones de Azov y no le estaba permitido mantener ninguna nave en el Mar Negro.

En 1768, bajo el reinado de Mustafá III (1757-1774), el Imperio Otomano hubo de enfrentarse nuevamente con el expansionismo de la pujante potencia rusa, esta vez de la mano de Catalina II (1762-1795). Los ejércitos otomanos obtuvieron importantes victorias en los principados danubianos de Valaquia y Moldavia, y la flota rusa derrotó a la otomana en Chesme en junio de 1779. El resultado es el Tratado de Küçük Kaïnardji (21 de julio de 1774), por el que los otomanos deben ceder los territorios de Ucrania meridional situados entre el río Bug y el Dniéper. Se reconoce la independencia del Khanato de Crimea, que será anexionado por el Estado ruso en 1783. Además de las concesiones territoriales y ciertos beneficios comerciales, Rusia conseguía el derecho a la libre navegación de sus mercantes por el Bósforo, los Dardanelos y el Mar Negro, que dejaba así de ser un lago otomano.

Küçük Kaïnardji representa para diversos autores² el punto de partida de lo que se ha denominado *La Cuestión de Oriente*: el prolijo conflicto de intereses entre las grandes potencias europeas por el espacio geopolítico del Imperio Otomano en su constante proceso de desintegración a lo largo del siglo XIX y hasta 1914-18.

Pero el Tratado firmado en la pequeña localidad búlgara de Káinardji, al sur del Danubio, introdujo otro elemento que será decisivo en las relaciones ruso-otomanas a lo largo de la centuria siguiente: el reconocimiento, por parte de la Sublime Puerta (como se denominaba en la diplomacia al Gobierno Otomano), de un derecho de protección sobre la Iglesia Ortodoxa del Imperio Otomano, lo que supondrá la continúa injerencia del Estado Zarista en la política interior otomana a lo largo de la centuria siguiente.

¹ PALMER, Alan: *The Decline and Fall of the Ottoman Empire*. Nueva York: M. Evans and Company Inc, 1993, p. 24-26; SHAW, Stanford. J: *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey: Empire of the Gazis. The rise and decline of the Ottoman Empire (1280-1808) Vol.I*. Cambridge, University Press, 1976, p.223-224.

² Cfr. ANDERSON, Mathew: *The Eastern Question 1774-1923: A study on International Relations*. London: Mac Millan, 1972 (4ª ed.), p. 389-391; PALMER, Alan: *The Decline and Fall of the Ottoman Empire*. New York: M Evans and Company, Inc., 1992, p. 45-46; SHAW, Stanford: *Empire of the Gazis: The Rise and Decline of the Ottoman Empire 1289-1808. v. I*. Cambridge: University Press, 1976, p.250; ZURCHER, Erik J.: *Turkey: A Modern History*. London, New York: I.B. Taurus & Co Ltd, 1993, p. 21-23.

Pocos años más tarde, Abdülhamit I (1774-1788) entabló una nueva guerra, pero su sucesor Selim III, fue derrotado y se vio obligado a ceder el puerto de Ochakiv y la costa del Mar Negro entre los ríos Bug meridional y Dniéster de acuerdo con el Tratado de Iasi (1792).

En 1806, durante los respectivos reinados del zar Alejandro I (1801-1825) y Selim III, surgió un nuevo conflicto que se prolongó hasta 1812 -cuando ejercía el sultanato Mahmud II (1808-1839)-, y concluyó con la incorporación de Besarabia al territorio ruso. Tras esta anexión, Rusia controlaba toda la costa septentrional del Mar Negro, desde el río Prut hasta el Kuban, al norte del Cáucaso.

I.1. Rusia y la Cuestión de Oriente en el siglo XIX

Durante el siglo XIX, el objetivo de Rusia fue aumentar su influencia política en los Balcanes, aún provincias otomanas, y controlar los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, sin dejar de expandirse a costa de los territorios bajo soberanía de la Sublime Puerta. Por otra parte, en dicha centuria continúa el proceso de disgregación del Imperio Otomano, a la vez que se ponen en marcha las primeras reformas para intentar paliar la crisis del mismo. En este sentido, los reinados de Selim III y Mahmud II marcaron un punto de inflexión en la historia otomana. Ambos sultanes iniciaron las primeras tímidas medidas de modernización de la administración y el ejército, derivadas, entre otros factores, de la incapacidad defensiva del Estado Otomano en su enfrentamiento con la pujante potencia rusa.

La guerra de independencia griega en 1821 impulsó a Rusia a entablar una nueva guerra con el Imperio Otomano en 1828. Los ejércitos rusos cruzaron los Balcanes en 1829, tomaron Adrianópolis (la actual Edirne), y avanzaron hacia Constantinopla. Entonces el sultán Mahmud II pidió la paz. Según lo estipulado en el Tratado de Adrianópolis o Edirne (14 de septiembre de 1829). Se reconoció la independencia de Grecia, aunque con un territorio limitado al Peloponeso y el Ática. Rusia recibió territorios en la desembocadura del Danubio y en el Cáucaso (Georgia meridional) y el derecho a establecer un protectorado sobre Moldavia y Valaquia (Rumania).

La crisis provocada por las sucesivas derrotas y concesiones territoriales otomanas impulsó al bajá de Egipto Mehmet Alí, *de facto* independiente del sultán, a tomar el control de Siria, Palestina y otras provincias del Asia otomana en 1831-33. Una fuerza rusa intervino y ocupó el Bósforo y los Dardanelos en abril de 1833 para proteger a Mahmud II de las tropas del bajá. Poco después, se firmó el Tratado de Ünkjar Iskelessi (3 de julio de 1833), que representó un importante paso hacia la implantación de un protectorado ruso sobre la totalidad del Imperio Otomano. Además, contemplaba una alianza defensiva e importantes concesiones comerciales para Rusia.

El Tratado de Ünkjar Iskelessi supuso un punto de no retorno en la intervención de las potencias europeas en el Imperio Otomano. No sólo tuvo como consecuencia una progresiva injerencia zarista en la política interna del Imperio Otomano, sino que, a partir de entonces, se acentuó la rusofobia de los sucesivos gobiernos de Londres, desde Palmerston a Disraeli, en lo que entendían como un simple expansionismo ruso que amenazaba los intereses británicos en el Mediterráneo oriental, Oriente Próximo y

Asia.¹ Desde la década de los 30 del siglo XIX, y hasta finales de la de los 70, Gran Bretaña se convertirá en la principal protectora de la Sublime Puerta frente a la Rusia Zarista, coincidiendo con la penetración de los productos industriales británicos en los territorios otomanos.²

Además, las crecientes ambiciones imperialistas occidentales en los territorios otomanos y el despertar de los nacionalismos de los pueblos balcánicos- desde la autonomía serbia de 1815 y la independencia griega de 1829 -contribuyeron a exacerbar las rivalidades de las potencias europeas en la *Cuestión de Oriente* desde el segundo tercio del siglo XIX. Junto a Gran Bretaña, Austria comenzó a oponerse a la influencia rusa en los Balcanes. A esto se añadía el interés de la Francia del II Imperio por el Mediterráneo oriental, interponiéndose en la rivalidad ruso-británica por el control de esa zona vital del Imperio Otomano. Y compitiendo también con Inglaterra por su incipiente penetración en la economía otomana.³ Una de las consecuencias del aumento de la presencia británica en el Mediterráneo oriental y de la presión sobre la Sublime Puerta fue el apoyo Mahmud II en la segunda crisis de Egipto frente a Mehmet Alí, quien había vuelto a ocupar Siria, Líbano y la costa meridional de la Anatolia. El resultado fue la concesión a éste del gobierno hereditario de Egipto (junio de 1841) a cambio de la renuncia a Siria y al resto de provincias otomanas mediterráneas.

Por otra parte, en este período las potencias occidentales consiguieron imponer la supervisión de Europa sobre la navegación en el Bósforo y los Dardanelos en la Convención de los Estrechos (13 de julio de 1841). La internacionalización de ambos estrechos ya se había tratado en anteriores acuerdos. En la Paz de Kala-i Sultaniye (5 de enero de 1809), durante la guerra ruso-turca de 1806-12, Gran Bretaña presionó para que los estrechos fueran cerrados en tiempos de paz a los buques de guerra. Acuerdos y convenciones posteriores, Edirne (1829), Hünkâr Iskelessi (1833), Londres (1841), París (1856), Londres (1871) y Berlín (1878), establecieron el régimen legal de los estrechos del Bósforo y Dardanelos hasta la I Guerra Mundial. Durante todo el siglo XIX, y hasta el Tratado de Lausana en 1923, en la serie de conferencias sobre los estrechos, siempre se jugó con el principio de acceso a sus aguas –libre o restringido-, según la circunstancias de paz o guerra que predominaran en las relaciones internacionales.⁴

La permanente injerencia de la política zarista en los asuntos otomanos, con el pretexto de la protección de las minorías cristianas en el Imperio, y la creciente rivalidad con Gran Bretaña, desembocaron en la Guerra de Crimea (1854-1856). Además, Rusia se resistía a reconocer plenamente el status de los estrechos negociado en la Convención de Londres. El zar Nicolás I, que se refería al Imperio Otomano como *el hombre enfermo de Europa*, se lanzó a una nueva guerra de agresión contra éste, y hubo de enfrentarse a una coalición formada por Gran Bretaña, Francia y el reino de Piamonte-Cerdeña, juntamente con el Imperio Otomano. El *casus belli* fue la negativa de la Sublime Puerta a extender al Gobierno Zarista el derecho de protección no sólo a

¹ Cfr. ZURCHER, op. cit., p. 39-41.

² ZURCHER, op. cit., p. 49-50.

³ Cfr. PALMER, op. cit., p.130-135; ZURCHER, op. cit., p.49-51.

⁴ MORALES LEZCANO, Víctor: *El Mediterráneo (II) Edades Moderna y Contemporánea*. Madrid: EUEMA (Colección Historia), 1993, p. 59; INAN, Yüksel: "The current regime of the Turkish Straits", *Perceptions. Journal of International Affairs*, March-May 2001, v.VI, n 2, p.3.

la Iglesia Ortodoxa (reconocido en 1774), sino a todos los súbditos ortodoxos del Imperio Otomano (más de un tercio de sus habitantes).

El conflicto estalló en marzo de 1854, y concluyó a finales de 1855, tras la toma de Sebastopol por las tropas de la coalición. De acuerdo con lo establecido en el Tratado de París (29 de marzo de 1856), Rusia perdió sus posesiones en la desembocadura del Danubio, y el protectorado sobre Moldavia y Valaquia. Además, se neutralizaron los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, y se introdujo una cláusula que desmilitarizaba el Mar Negro, permitiendo solamente la navegación de barcos mercantes. Finalmente, el Imperio Otomano obtenía la garantía, por parte de las potencias europeas, de su independencia e integridad territorial. Pero las consecuencias de la Guerra de Crimen también resultaron desfavorables para el Estado Otomano.

En primer lugar, acentuó la dependencia otomana respecto a Gran Bretaña y Francia y abrió las puertas a Austria-Hungría para una intervención directa en los Balcanes. Además, significó la internacionalización formal de la *Cuestión de Oriente*, de manera que todos los asuntos concernientes al Imperio Otomano debían ser regulados mediante acuerdos internacionales entre las potencias europeas, prohibiéndose las acciones unilaterales.¹ Dichos acuerdos funcionarían hasta las crisis balcánicas de 1876-1878, aunque Rusia (sobre todo), intentó siempre buscar una posición de ventaja para llevar a cabo sus objetivos de cara al desmembramiento del Imperio Otomano.

Por otra parte, tras el conflicto bélico, el Gobierno Otomano acentuó el proceso de reformas conocido como *Tanzimat*. El *Tanzimat* fue un proyecto para la modernización del Estado mediante la importación de modelos occidentales, iniciado al subir al trono Abdülmecid I (1839-1861), y auspiciado por las potencias europeas. Se trataba de modernizar los instrumentos de gobierno, no de mudar las estructuras de poder. Por tanto, era una reforma “desde arriba” impulsada por una élite *ilustrada* de las clases dirigentes. Las medidas afectaron fundamentalmente al funcionamiento de la Administración y el Ejército: reorganización militar, control de la Administración central del cobro de impuestos, reconocimiento de la igualdad de todos los súbditos del Imperio, etc.

Pero la política de modernización implicaba grandes gastos y el Imperio Otomano había entrado en un proceso de endeudamiento externo tras la Guerra de Crimea. En efecto, otra de las consecuencias de la ayuda occidental a la Sublime Puerta en la guerra fue la subordinación de su economía y de su sistema financiero a la banca europea, particularmente británica y francesa. Hacia 1875, el Estado Otomano se hallaba al borde de la quiebra, debido a las obligaciones contraídas con las potencias europeas para pagar los empréstitos que cubrían el déficit crónico en los presupuestos. Y la incapacidad para afrontar estas obligaciones determinó la intervención de las potencias extranjeras en los asuntos otomanos tanto o más que la defensa de las minorías cristianas. Este factor es fundamental para explicar el declive y la crisis final del Imperio Otomano, y ya se puso de manifiesto durante el Congreso de Berlín de 1878.²

¹ VILAR RAMÍREZ, Juan Bautista: “La Cuestión de Oriente y el Mediterráneo”, en *Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas* (Coord. por Juan Carlos Pereira). Madrid: Ariel Historia, 2001.

² VILAR RAMÍREZ, Juan Bautista, op. cit., p. 141.

Entre 1875 y 1876 estallaron una serie de rebeliones en los Balcanes otomanos. Debido a las malas cosechas, se produjeron levantamientos campesinos contra los beys y propietarios musulmanes en las provincias de Bosnia-Herzegovina y Bulgaria. Las matanzas realizadas por el ejército otomano provocaron una oleada de protestas en Europa. En Gran Bretaña, la presión de la oposición liberal dirigida por Gladstone se refirió a las atrocidades turcas en Bulgaria, lo que hizo cambiar la política pro otomana del gabinete de Disraeli, que se mantenía en la línea de apoyo al Imperio Otomano desde hacía décadas. A finales de 1876, y ante las amenazas de Rusia de una intervención directa en los Balcanes, el Gobierno Británico pidió que se celebrara en Estambul una conferencia internacional para detener la crisis.

En efecto, el auge imparable del nacionalismo y el impulso del paneslavismo por Rusia en los países balcánicos provocaba una agitación constante y animaba frecuentes levantamientos. Además, el apoyo de Serbia (aún nominalmente principado autónomo) y el reino de Montenegro a estas revueltas estimulaba la creciente injerencia de Rusia en la región. En abril de 1877 el Gobierno Zarista, tras asegurarse la neutralidad de Austria-Hungría, declaró la guerra al Imperio Otomano. En pocos meses, los ejércitos otomanos fueron barridos en el Cáucaso y los Balcanes. Tropas rusas llegaron a pocos kilómetros de Estambul, y la Sublime Puerta se vio obligada a firmar el Tratado de San Stéfano (3 de marzo de 1878). En él se preveía la creación de un Estado Búlgaro autónomo, tributario del Imperio Otomano, con Macedonia incluida, desde el Mar Negro hasta el norte del Egeo, con salida al mar por Salónica. Serbia, Montenegro y Rumania veían reconocidas oficialmente su independencia. Los distritos de Ardan y Kars, en Anatolia oriental, fueron entregados a Rusia.¹

La paz de San Stéfano provocó en el Imperio Otomano una reacción contraria al régimen constitucional, establecido por un grupo de dirigentes reformistas a cuyo frente estaba el primer ministro Midhat Pasha, quien había elaborado la Constitución de 1876. Con el ejército ruso a las puertas de Estambul, el sultán Abdülhamit II (1876-1909), suspendió las sesiones del Parlamento.

El restablecimiento de la autocracia se vio favorecido por la nueva situación internacional. Gran Bretaña y Austria-Hungría, temerosas de una hegemonía rusa en los Balcanes, presionaron a favor de la revisión del Tratado de San Stéfano, y se convocó una conferencia internacional en junio de 1878 en Berlín. El resultado de dicha conferencia, el Congreso y Tratado de Berlín (15 de julio de 1878), significó una revisión de los acuerdos llegados en San Stéfano. Se rebajaron en parte las pérdidas territoriales al Imperio Otomano en dicho tratado. Aunque Rusia conservaba gran parte de sus adquisiciones en las regiones caucásicas- incluido el puerto de Batum en el Mar Negro -, las provincias armenias de Anatolia oriental fueron devueltas a la soberanía otomana. El Estado Otomano recuperaba también Macedonia y Tracia occidental, a cambio del reconocimiento de una Bulgaria autónoma, que veía disminuido su territorio con la creación de la provincia de Rumelia. De este modo, se frustraba la consolidación de una Gran Bulgaria, punta de lanza de la penetración del Imperio Ruso en los Balcanes y en el Mediterráneo oriental a través del Egeo. Por otra parte, el Imperio Británico conseguía el protectorado sobre la isla de Chipre por los servicios prestados a la Sublime Puerta.

¹ ZURCHER, Eric J. op. cit., p.79.

En este sentido, la diplomacia alemana jugó en esta conferencia una de sus mejores bazas para evitar un enfrentamiento entre sus aliados rusos y austriacos, amén de poner sobre la mesa los incipientes intereses políticos y económicos de Alemania en el Imperio Otomano.¹ Recordemos que el sistema bismarckiano de alianzas estaba en su apogeo, y aunque la estrategia de la política exterior rusa aspiraba al control sobre los países y provincias balcánicas del Imperio Otomano, se pudo contener durante un tiempo el previsible choque entre Austria y Rusia en dicha región. La cesión de la administración de la provincia de Bosnia-Herzegovina a Austria, territorio vital para la expansión de la economía del Imperio Austrohúngaro, le abrió la puerta una intervención directa en los Balcanes Otomanos. Esto significaba a largo plazo un enfrentamiento con Rusia, que hubo de ceder a parte de sus intereses en la región tras la firma del Tratado de Berlín.

En otro orden de cosas, el período 1878-1908, aportó una evidente modernización al Imperio Otomano, a pesar de la autocracia de Abdülhamit y de la quiebra del Estado en 1881, que hizo que la deuda externa fuera administrada por los acreedores europeos. Esta situación estimuló una importante penetración de capital extranjero en amplios sectores económicos, como las materias primas, recursos energéticos, manufacturas e infraestructuras de transporte. Por otra parte, británicos, franceses y alemanes se disputaron la construcción de la línea de ferrocarril Estambul-Bagdad, que finalmente fue concedida a estos últimos. Además, a finales del siglo XIX, las potencias occidentales se mostraron interesadas en explotar y controlar los yacimientos de petróleo de la zona de Mosul y Kirkuk en el norte de la provincia otomana de Irak.

Hasta el estallido de la I Guerra Mundial, el Imperio Otomano no volvió a enfrentarse directamente con la Rusia Zarista, en un contexto internacional muy diferente. El apoyo británico al statu quo en los Balcanes debido a la rivalidad con Rusia en Asia Central, y el equilibrio europeo por logrado por el sistema bismarckiano contribuyó a estabilizar la zona hasta principios de siglo. Pero el alejamiento de Rusia de Alemania a partir de 1891, con la formación de la alianza militar franco-rusa de 1894, y su vínculo con la *Entente Cordiale* franco-británica a través de la Convención anglo-rusa de 1908, llevaría inevitablemente al enfrentamiento con la coalición germano-austriaca. E indirectamente, con el Imperio Otomano en sus posesiones del sudeste de Europa.

También a partir del último cuarto del siglo XIX, los territorios otomanos del norte de África y del Oriente Próximo fueron objeto de las apetencias de las potencias europeas. En 1881, Francia ocupa Túnez y Gran Bretaña convierte a Egipto en un protectorado en 1882, asegurándose un control mayor del Canal de Suez. Esta última, especialmente, sigue desconfiando de una posible presencia de Rusia, a través de su flota, en el Mediterráneo oriental, en el eje de la ruta Gibraltar-Suez-India.

Los sucesivos gobiernos zaristas, por su parte, mantuvieron su objetivo de que cualquier flota pudiera atravesar sin restricciones el Bósforo y los Dardanelos hacia el Mediterráneo o el Mar Negro. Ya en los acuerdos de Londres (17 de junio de 1871), se permitió otra vez a Rusia- que denunciaba la cláusula de neutralización del Mar Negro

¹ SHAW, Stanford J & KURAL SHAW, Ezel: *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey: Reform, Revolution and Republic. The Rise of Modern Turkey (1808-1975) Vol. II*. Cambridge: University Press, 1976, p. 189-190.

del Tratado de París de 1856 -, la navegación de su marina de guerra por el mismo, a cambio de la apertura de los Estrechos por el Gobierno Otomano a barcos de otras naciones en tiempo de paz.¹

I.2. Gobierno de los Jóvenes Turcos y desintegración del Imperio Otomano

En 1908, estalló una nueva crisis en los Balcanes con enormes repercusiones en el Imperio Otomano, ya en pleno proceso de disolución: Austria-Hungría se anexiona Bosnia-Herzegovina, la provincia que administraba desde 1878 tras el Congreso de Berlín y Bulgaria se deshace de su autonomía nominal y proclama su plena independencia. Estos acontecimientos dieron lugar a una rebelión de oficiales del ejército de Macedonia, quienes sustituyeron a Abdülhamit por su hermano Mehmet V (1909-1918), y restablecieron el régimen constitucional en la persona del nuevo sultán. En el movimiento de los *Jóvenes Turcos*, fundado en 1907, confluían militares reformistas con la oposición en el exterior, procedente del partido *Comité de Unión y Progreso (CUP)*.

El gobierno de los *Jóvenes Turcos* supuso el último intento de modernización de la sociedad y el Estado Otomano en vísperas de su desintegración. En 1908 se promulgó una constitución que reconocía la igualdad jurídica de todos los habitantes y nacionalidades del Imperio, al tiempo que se iniciaban una serie de reformas políticas, económicas y sociales. Pero la constante oposición al poder central de esas mismas nacionalidades, no sólo en los Balcanes, sino también en las provincias del Oriente Próximo y la Península Arábiga, repercutió negativamente en el proyecto de los *Jóvenes Turcos* de crear un Estado plurinacional.

A partir de 1910, el CUP abandonó paulatinamente sus planteamientos federalistas y de integración de todas las comunidades en una sola nacionalidad, y adopta un nacionalismo específicamente turco y musulmán, centrado en el *panturanismo* (ideología que propugnaba la unión en un mismo Estado de todos los pueblos de origen turco dispersos), y cuyo representante era el hombre fuerte del régimen y ministro de Guerra, Enver Pasha. La concepción de un Estado étnicamente homogéneo, Turquía, empezó a tomar cuerpo frente al Imperio Otomano multinacional

En ese mismo año, estallaron nuevas revueltas en Macedonia, Kosovo y Albania (país mayoritariamente islamizado), a la vez que se extendió la sublevación en Yemen (donde la soberanía otomana era prácticamente nominal) y en la Península Arábiga. Ya no eran exclusivamente los pueblos balcánicos cristianos o los armenios los que se rebelaban contra la autoridad del sultán, sino también los árabes musulmanes. Y, por último, en 1911, Italia, que llegaba tarde al reparto colonial, se hizo con Tripolitania (la actual Libia) y las islas egeas del Dodecaneso, tras la derrota de los ejércitos otomanos.

Ante la situación provocada por la descomposición del Estado, el Gobierno del CUP aceleró la política de turquización, lo que derivó en tensiones internas y una creciente presión de los vecinos balcánicos para intervenir en los territorios europeos del Imperio Otomano.²

¹ Cfr YÜKSEL, Inan: *Perceptions*, op. cit. p. 3 ; RENOUVIN, Pierre :*Historia de las Relaciones Internacionales. Siglos XIX y XX*: Madrid, Akal, 1982, p. 353.

² ZURCHER, op. cit. p. 110.

En octubre de 1912, Bulgaria, Grecia Serbia y Montenegro, firmantes de una *Liga Balcánica* declararon la guerra al Imperio Otomano, en lo que se conoce como I Guerra Balcánica (octubre-diciembre 1912). Los ejércitos de la coalición ocuparon Macedonia y Tracia y se acercaron a Estambul, mientras que la flota griega se apoderaba de las islas del Egeo. Tras la derrota militar, en diciembre, el Gobierno del CUP pidió un armisticio. Las potencias europeas, ante la posibilidad una alteración del *statu quo* en los Balcanes, impulsaron una conferencia de paz. A pesar de su integración en la *Triple Alianza* con Francia y Gran Bretaña, Rusia seguía presionando al Imperio Otomano para conseguir vía libre a su flota en los Estrechos. Además, continuó en su apoyo a las reivindicaciones territoriales de Bulgaria, Grecia y Serbia sobre los territorios balcánicos aún bajo soberanía otomana, como Rumelia oriental (sur de Bulgaria) y Macedonia.¹

El resultado fue el Tratado de Londres (9 de junio de 1912), por el que la coalición triunfadora se repartía dichos territorios, a excepción de una pequeña zona cercana a Estambul. Pero las rivalidades entre los estados vencedores por Macedonia condujeron a la breve II Guerra Balcánica, (junio-agosto 1913). Grecia, Montenegro, Serbia, Rumania y el Imperio Otomano –en busca de revancha-, se enfrentaron a Bulgaria. Derrotada ésta, se firmó el Tratado de Bucarest (10 de agosto de 1913). Se reconocía la independencia de Albania, Grecia y Serbia mantenían las zonas de Macedonia obtenidas anteriormente y el Gobierno Otomano lograba recuperar Tracia oriental.

Mientras Rusia había satisfecho gran parte de sus objetivos en la zona tras el conflicto,² el Imperio Otomano salió arruinado de las Guerras Balcánicas. A la ruina económica y humana, se le unía la pérdida de unos territorios que había formado parte del Imperio desde hacía más de quinientos años, y una de las principales zonas abastecedoras de cereales y otros productos agrícolas al Imperio. Además, de allí había salido también una parte considerable de la élite gobernante.

El Gobierno siguió con sus reformas políticas y sociales, pero el recelo hacia el régimen zarista llevó a los dirigentes otomanos a acercarse al Imperio Alemán. Instructores alemanes asumieron la reorganización del ejército turco, mientras aumentaban las inversiones germanas en el Imperio. Enver Pasha y sus colaboradores se convirtieron en un decisivo grupo de presión germanófilo.

I.3. El imperio Otomano y la I Guerra Mundial

Turquía tardó varios meses en entrar en la I Guerra Mundial. La alianza ruso-británica y la postura de la Entente, que exigieron la ruptura con los Imperios Centrales, favoreció el acercamiento a Alemania. Enver Pasha El 14 de noviembre de 1914, el Gobierno Otomano declaró la guerra a Rusia.

Durante cuatro años, los ejércitos otomanos combatieron en cuatro frentes: Macedonia (Balcanes), Cáucaso, Palestina e Irak (Mesopotamia). Las tropas rusas pudieron ser detenidas en Anatolia oriental debido el colapso de la monarquía zarista tras la revolución bolchevique, y la posterior firma del Tratado de Brest-Litovsk (2 de marzo de 1918). Incluso, en junio de 1918 las fuerzas de Enver llegaron a Kars y a

¹ Cfr. PALMER, op, cit., p. 215; RENOUVIN, op, cit. p. 514-517.

² RENOUVIN, op, cit. p. 516-517.

Azerbaiyán, en el Cáucaso, más allá de las fronteras recocidas en los acuerdos de Berlín de 1878. Pero la ruptura del frente balcánico en Macedonia en septiembre de 1918 por el colapso militar de los Imperios Centrales obligó al Gobierno de Estambul a pedir la paz y aceptar el armisticio de Mudros (31 de octubre de 1918).

El 10 de agosto de 1920, plenipotenciarios del sultán Mehmet V firmaron en París el Tratado de Sèvres. No solamente no reconocía plenamente a Turquía como Estado soberano, sino que su territorio quedaba reducido a los alrededores de Estambul y la zona septentrional y central de la península de Anatolia, donde las potencias vencedoras, Italia, Gran Bretaña –a través de la cesión a Grecia del área de Esmirna (antigua Asia Menor) y la islas del Egeo. Estas dos últimas se dividían el Próximo Oriente Otomano por medio de los *mandatos* de la Sociedad de Naciones: Francia obtenía Siria y Gran Bretaña Palestina, Transjordania e Irak. Se reconocía un Kurdistán y una Armenia independiente. Por último Turquía se veía despojada de sus territorios europeos –Tracia se entregaba al reino heleno-, y se internacionalizaba el territorio adyacente a los estrechos del Bósforo y Dardanelos.

Pero en mayo de 1919, un grupo de oficiales y funcionarios, encabezados por Mustafá Kemal, -muchos de ellos procedentes de los *Jóvenes Turcos* y miembros del CUP- se negaron a reconocer el Tratado de Sèvres y al gobierno del sultán Mehmet VI (1918-1922), títere de las potencias de la *Entente*. Comenzó así la guerra por de liberación e independencia frente a la intervención de la *Entente*.

En abril de 1920, la Gran Asamblea Nacional proclamó la soberanía nacional y nombró presidente del país Mustafá Kemal, quien reorganizó el ejército turco y condujo victoriosamente las operaciones militares hasta la expulsión definitiva de las tropas griegas de Anatolia occidental, que culminó con la toma de Esmirna en 1922. En Aquellos momentos, Francia, Italia y también Gran Bretaña habían retirado sus fuerzas y su apoyo al gobierno de Venizelos tras constatar la incapacidad de éste para vencer militarmente a los nacionalistas turcos.

El triunfo nacionalista sobre las pretensiones de las potencias europeas de repartirse los despojos del Imperio Otomano puso las bases de una nueva nación, que nacía de la desintegración de aquel. El gobierno de Mustafá Kemal y sus colaboradores se dispusieron a derribar la vieja estructura del Estado Osmanlí. El 1 de noviembre de 1922 se abolió el Sultanato, y el 23 de octubre de 1923 se proclamó la República Turca. Finalmente, el 3 de marzo de 1974 se suprimió el Califato, decisión que conmovió al mundo islámico.

El reconocimiento oficial en la sociedad internacional de la nueva República tuvo lugar con la firma del Tratado de Lausana (24 de julio de 1923), el único de los rubricados tras la I Guerra Mundial fruto de una negociación real entre potencias vencedoras y vencidas. La revisión del Tratado de Sèvres culminó con la devolución de Tracia oriental a cambio de la renuncia a los restantes territorios europeos, y el reconocimiento de la soberanía total sobre Anatolia, con la recuperación de Armenia y el Kurdistán. En cambio, no se modificó el *statu quo* de los territorios árabes alcanzado en Sèvres. En cuanto a los Estrechos, sus aguas desmilitarizadas e internacionalizadas bajo control de una comisión de varios países presididos por Turquía.

II. Las relaciones entre los dos nuevos Estados: la República Turca y la Unión Soviética en la prensa española (1919-1927)

La ausencia de intereses directos de España en los territorios del Imperio Otomano, y su declive en la escena internacional durante el siglo XIX no prodigó precisamente la preocupación de la publicística española por el vasto Estado multinacional situado en el Mediterráneo oriental. España estaba al margen de la *Cuestión de Oriente*.¹ O en todo caso, la *Cuestión de Oriente* era africana. En efecto, fue Marruecos (aparte de las posesiones de las Antillas y el Pacífico), el objetivo de la política colonial e imperialista española, y el único margen de actuación que le quedaba frente a la actuación de las demás potencias europeas, particularmente Francia y Gran Bretaña, pero también Italia.

Por tanto, apenas hubo observadores con un conocimiento real de las relaciones entre el Imperio Otomano y las potencias europeas. Aunque algunos intelectuales y escritores españoles sí trataron este asunto a lo largo del siglo XIX y principios del XX, como Donoso Cortés, Emilio Castelar, Andrés Borego, Vicente Blasco Ibáñez o Francesc Cambó.²

A concluir la I Guerra Mundial, la opinión pública y política española, a través de la prensa, se decantaron por la irreversibilidad del desmembramiento del Imperio Otomano. Aunque se atacaba al Gobierno de los Jóvenes Turcos por su alianza con Alemania, se arremetía contra el Tratado de Sèvres, al que se veía como el instrumento de las *Entente* para repartirse los despojos del Imperio: Francia y Gran Bretaña desean los territorios otomanos de Oriente Próximo, según una interpretación *sui generis* de los catorce puntos del presidente Wilson. Los periódicos liberales, como *Heraldo de Madrid*, *El Sol* o *La Vanguardia*, eran los que se mostraban más críticos contra el Gobierno Otomano por su postura aliadófila, mientras que *El Debate* o *ABC* se centraban más en la crítica hacia Francia o Gran Bretaña.

Por otra parte, la prensa española, tanto conservadora como liberal, adoleció desde el primer momento de un desconocimiento total sobre el movimiento nacionalista turco que hizo frente a la ocupación de las potencias aliadas en Anatolia durante la guerra de liberación de 1919-1922. *ABC* o *El Debate* hablaban de un emergente movimiento panislamista liderado por Kemal, y se buscaban conexiones con el nacionalismo árabe.³ También se especulaba sobre las repercusiones que podría tener sobre el Protectorado español en Marruecos, y más concretamente sobre la situación en el Rif.

Si hay una coincidencia general en denunciar la política británica para controlar el Mediterráneo oriental y los Estrechos, a través de su apoyo incondicional a Grecia. Evidentemente, la opinión pública establecía un paralelismo entre el Bósforo y los Dardanelos con Gibraltar, teniendo en cuenta que era una misma potencia la que quería controlar dichas aguas.

¹ MORALES LEZCANO, Víctor: *España y la Cuestión de Oriente*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores (Biblioteca Diplomática Española. Sección Estudios; 9) , 1992, p. 70, 82-83.

² Cfr. MORALES LEZCANO, op. cit. p. 59-107, VALLEJO FERNÁNDEZ-CELA, Sergio: “La caída del Imperio Otomano y la fundación de la República Turca: una visión española”, *Cuadernos de Historia de las Relaciones Internacionales*, nº 2, 2001, p. 12-37.

³ VALLEJO FERNÁNDEZ-CELA, op. cit. p.27-31.

Tampoco escapó a la prensa española el apoyo de la nueva Rusia Soviética al movimiento nacionalista turco en la guerra de independencia, sobre todo partir de la firma del Tratado de Amistad Turco-Ruso (16 de marzo de 1921). Los periódicos conservadores sugerían el peligro del apoyo soviético a los pueblos musulmanes y a los movimientos islámicos en su lucha contra el imperialismo europeo, mientras que los liberales insistían en la oposición rusa a la influencia británica en los Estrechos del Bósforo y Dardanelos.

II.1. La Cuestión de los Estrechos

En plena Guerra Mundial, el 18 de marzo de 1915, se produjeron unos intercambios de notas secretos entre Londres, París y Moscú, denominados acuerdos de Estambul. En estas negociaciones secretas, a cambio de la influencia británica y francesa en Anatolia, se concedía a Rusia la ciudad –con un estatuto de puerto franco para los estados miembros de la *Entente*- y el control de los Estrechos con su franja costera una vez se consumara la derrota otomana¹. También se le otorgaban territorios en la Tracia oriental. Además, se abría la puerta a la división de Irán entre Rusia y Gran Bretaña, contemplada en los acuerdos anglo-rusos de 1907.

Pero la desaparición del Imperio Ruso tras su derrota en la contienda y su sustitución por la naciente Unión Soviética, trajo como resultado que las aguas entre el Bósforo y los Dardanelos fueran de nuevo objetivo prioritario de la política exterior británica. En efecto, el control de este brazo marítimo era vital para el envío a los rusos blancos, apoyados por la *Entente*, de suministros materiales y tropas a través del Mar Negro a los rusos blancos, apoyados en la guerra civil que les enfrentó con los bolcheviques entre 1918 y 1921. Por tanto, la cuestión del nuevo *statu quo* de los Estrechos tras la desintegración del Imperio Otomano estaba íntimamente relacionada con el régimen surgido tras la Revolución de Octubre. Las discusiones sobre el nuevo estatuto de navegación ocuparon gran parte de las sesiones de trabajo de los diplomáticos tanto en las negociaciones de los Tratados de Sévres y Lausanna.

Por otra parte, el nuevo Estado Soviético no se consideraba heredero de la Rusia Zarista en relación a la cuestión de los Estrechos o en su punto de vista sobre Turquía. Desde el primer momento, el gobierno bolchevique estuvo dispuesto a utilizar sus concepciones sobre la revolución mundial en las relaciones internacionales, entre las que figuraba el apoyo a los pueblos que luchaban contra el imperialismo y el colonialismo de las potencias occidentales. De ahí que muy pronto buscara unas buenas relaciones con los nacionalistas turcos apoyándoles en la guerra de independencia, a pesar del anticomunismo de algunos de sus dirigentes, entre ellos el propio Kemal. Por consiguiente, la desintegración de ambos imperios, Otomano y Ruso, con el nacimiento de dos nuevos Estados y sociedades muy diferentes sobre sus ruinas, supusieron un giro copernicano en las relaciones entre ambos países.

A raíz del armisticio de Mudania, que puso fin a la guerra greco-turca en octubre de 1918, los periódicos comenzaron a publicar editoriales que se referían a futuras implicaciones geoestratégicas del problema de los Estrechos. *ABC* resumía así dicho problema:

¹ SHAW, op, cit., p. 320.

*Si Turquía fuera una potencia militar y naval, no existiría el problema de los Estrechos, como no existe discusión acerca del hecho de que Inglaterra puede cerrar el Canal de Suez a los buques de determinada nacionalidad y de que los Estados Unidos pueden hacer lo mismo con el Canal de Panamá. Cuando en el último año del siglo XVII, Pedro el Grande conquistó la región del mar de Azov, la Sublime Puerta insistió en que la libre navegación del mar Negro y por los estrechos era "un derecho sacrosanto e intangible" de Turquía. Sin embargo, el Imperio Otomano, debilitado, tuvo que reconocer este mismo derecho a Rusia; pero negóselo (sic) de nuevo cuando se sentía más fuerte. El problema de los Estrechos, que durante el siglo XVIII era un problema exclusivamente turco-ruso, se transformó en una cuestión europea cuando durante las guerras napoleónicas Inglaterra se erigió en protectora de Turquía contra la amenazadora alianza franco-rusa. Desde aquella época, el gran empeño de Inglaterra consistió en alejar a Rusia de los Estrechos y del Mediterráneo, y para conseguirlo desencadenó la guerra de Crimea...*¹

La prensa española, en líneas generales, reiteraba obsesivamente que el objetivo único de la política británica en el Mediterráneo oriental era conseguir el absoluto dominio de los Estrechos. Y que su apoyo a Grecia en la invasión de Asia Menor y en la guerra de 1920-1922 contra Turquía estaba destinado a tal fin. *La Vanguardia* afirmaba el 8 de octubre de 1922:

*...Antes de la gran guerra, Rusia constituía otro posible peligro para la dominación inglesa en Asia, e Inglaterra pensaba poder contar con Turquía para guardar los Dardanelos y evitar así la preponderancia de la flota rusa en el Mediterráneo y en el Atlántico. La gran lucha de las naciones abolió al propio tiempo el poder de Rusia y el de Turquía; los Dardanelos y el Bósforo quedaban abiertos al tráfico internacional y por lo tanto, nada impedía el libre tránsito por los estrechos de las naves británicas. Lo difícil era hallar quien guardase el camino de Constantinopla y del mar Negro en forma tal que los estrechos pareciesen libres, pero que realmente lo fuesen en caso necesario para la marina inglesa. Como a Inglaterra conviene que España ocupe el litoral africano del Estrecho de Gibraltar, igualmente deseaba otra potencia - llamémosla así-, que mantuviese la seguridad del paso de los estrechos de Oriente, y guardase la puerta de Constantinopla, que es principal puerto de Asia, Lloyd George creyó haber encontrado la resolución de este problema complicado confiando tan delicada misión a Grecia. El juego estaba preparado, la continuidad y perseverancia de la política inglesa demostrada una vez más con toda evidencia. Pero el instrumento de esta política falló, al ser arrollado el ejército griego que luchaba contra los turcos en Asia Menor. Era el andamio de un gran edificio el que caía, y se comprende la emoción que causó en Londres el anuncio de que Mustafá Kemal, en el entusiasmo de la victoria, iba a poner la mano y el pie en esos famosos Estrechos, esperanza y temor de la política inglesa*².

Es evidente que el periódico catalán buscaba el paralelismo entre el *statu quo* internacional del Estrecho de Gibraltar, por un lado, y los del Bósforo y los Dardanelos, por otro. Al menos, desde la realidad geoestratégica de dichos accidentes marítimos. Por lo demás, es significativa la afirmación de que el objetivo de la política británica tras el Tratado de Sévres en el Mediterráneo oriental, y particularmente en los Estrechos, es establecer una pequeña potencia subsidiaria para a través de ella ejercer el control. En

¹ "Los Estrechos", en *ABC*, 5 de octubre de 1922.

² "Oriente y Occidente", en *La Vanguardia*, 8 de octubre de 1922.

los Estrechos turcos, dicha potencia sería Grecia. Ésta debería jugar un papel parecido al de España en la costa africana del Estrecho de Gibraltar tras los acuerdos franco-británicos de abril de 1904. Evitar que una misma potencia controlara ambas orillas de uno mismo estrecho marítimo. El artículo apuntaba que la política de Londres en el Mediterráneo tras los acuerdos de paz de la I Guerra Mundial, pivotaba en torno a los mismos ejes que en la etapa del imperialismo y de la paz armada entre las potencias europeas de 1890-1914: las zonas en torno a Gibraltar, los Estrechos del Bósforo y los Dardanelos y el Canal de Suez.¹

Meses después la revista *España*, fundada en 1915, dirigida por Luis Araquistain, en la escribieron importantes intelectuales y políticos regeneracionistas, realizaba este interesante análisis sobre lo que se denominaba *libertad de los Estrechos*:

...Hace siglos que Inglaterra, con egoístas fines políticos, expande por el mundo la doctrina de la "libertad de los Estrechos". Esta hipócrita "libertad de los Estrechos", que tan ardientemente finge defender la Gran Bretaña, es, precisamente, uno de sus numerosos resortes de dominación universal.

...No ha existido un solo gobernante inglés desde Pitt hasta Lloyd George pasando por Gladstone, Salisbury y Palmerston que no se haya desvelado por mantener e "imponer" -esta es la palabra adecuada- en todos los Estrechos del mundo esta "libertad" que tanto preocupa al Gobierno inglés actualmente respecto de los Dardanelos, el Mar de Mármara y el Bósforo, que unen la parte mediterránea, llamada Mar Egeo, con el Mar Negro...

...Del cierre de un estrecho puede depender la pérdida de una guerra. El cierre de un estrecho puede, asimismo, matar de hambre a todo un pueblo, como ocurre actualmente con Rusia. El bárbaro e inhumano bloqueo a que la tienen sometida potencias de la "Entente" es mucho más culpable que el comunismo de la espantosa miseria que se ceba en el pueblo moscovita. Este hecho nos da, también, la clave de la insistencia con que las potencias occidentales claman por la "libertad de los Estrechos". Necesitan tener entre sus garras el Bósforo y los Dardanelos para poder impedir el contacto y la relación de Rusia con el resto del mundo...

...No se olvide que las costas meridionales de Rusia están bañadas por el Mar Negro. Necesitan las grandes potencias tener en su poder la llave de la puerta Sur del país de los Soviets, aparte de otras muchas razones de dominación. Y, aunque al fin se colocaran los Dardanelos, el mar de Mármara y el Bósforo al arbitrio de la Sociedad de las Naciones, como indica la nota franco-anglo-italiana de 23 de septiembre, nada se conseguiría, pues nadie ignora que Francia e Inglaterra manejan a su antojo la Sociedad de las Naciones.

La única realidad es que, con la sonora expresión de "libertad de los estrechos, se encubre la hegemonía que sobre ellos ejercen una o un par de Grandes Potencias. Sin querer, recordamos a Hamlet: "Algo huele a podrido en Dinamarca".²

Las discusiones sobre el nuevo estatuto de los Estrechos estuvieron sobre la mesa de negociaciones de la Conferencia de Lausana desde su inicio el 21 de noviembre

¹ MORALES LEZCANO, *El Mediterráneo...*, op. cit. p. 45.

² "La libertad de los Estrechos", en *España. Semanario de la vida nacional*, 11 de noviembre de 1922.

de 1922. El Gobierno soviético, a través de su delegación presente en la misma, encabezada por el Comisario de Asuntos Exteriores, Gueorgui Chicherin, apoyó totalmente las reivindicaciones turcas de soberanía sobre los Estrechos, frente a la postura de Gran Bretaña y los demás países de la Entente, de hacer prevalecer la internacionalización de la navegación en la zona. En este sentido, una de las primeras actuaciones del nuevo régimen ruso fue renunciar a las seculares pretensiones zaristas sobre Constantinopla.¹ La prensa española reflejaba también este apoyo ruso a Turquía y especulaba sobre sus posibles consecuencias.

...Los turcos no ofrecen ninguna clase de solución que concilie su deseo de garantizar la seguridad de Constantinopla con el de los ingleses de tener un paso libre por los Dardanelos. Parecen hallarse en la posición de quien espera a que surja un buen postor para hacer negocio. El mejor postor, hasta ahora, es Chicherin, que excita a los turcos a no tolerar de ningún modo el paso de los barcos ingleses de guerra, porque ello equivaldría a entregar el mar Negro a la potencia naval más fuerte. La posición de los rusos consiste, pues, en volver a la anterior a 1914, cuando prevalecía "la antigua regla del Imperio Otomano, por la que no se toleraba el paso por los Dardanelos de ningún barco de guerra extranjero. Los turcos dicen a esto que, de todos los planes presentados en Lausana, el que más se aproxima a los deseos de Turquía es el de los rusos...

...La única ventaja desde el punto de vista de la Entente, es que la ardorosa defensa que de los intereses turcos están haciendo los bolcheviques, influye considerablemente en orientar hacia los puntos de vista ingleses la política francesa en el Próximo Oriente².

El Sol daba por sentado el triunfo de las reivindicaciones turcas, y a la postre también rusas, en las negociaciones. Esto implicaba, según el rotativo liberal madrileño, un acercamiento franco-británico en el Próximo Oriente donde se reflejaban las diferencias entre ambos países tras los tratados de paz de París. Sin embargo, otros diarios opinaban lo contrario. Esto afirmaba *Informaciones*, un periódico fundado en 1922, y vinculado a sectores conservadores y empresariales (sería adquirido posteriormente por Juan March), en la misma fecha:

... En efecto, el estatuto propuesto para los Estrechos está inspirado en un espíritu absolutamente pacífico y basado en los principios de respeto a la soberanía otomana sobre las dos orillas de los Dardanelos, y de conciliación de esta soberanía con el carácter internacional de una ruta marítima esencial para el libre tráfico de las naciones...

... La lucha entablada respecto a esta cuestión entre las potencias occidentales y Rusia puede darse por terminada por con la derrota evidente de los Soviets. Turquía pudo un momento, deslumbrada por las ventajas que parecían querer para ella los rusos, colocarse al lado de éstos; pero ahora que los aliados la han hecho ver claro, no es de temer que persiste en su colaboración con los Soviets.³

¹ CARR, Edward Hallet: *Historia de la Rusia Soviética. La Revolución Bolchevique 1917-1923*. v.III *La Rusia Soviética y el mundo*. Madrid: Alianza Editorial, 1985, p. 486.

² "Los Dardanelos y Lausana", en **EL SOL**, 8 de diciembre de 1.922.

³ "La cuestión de los Estrechos", en *Informaciones*, 12 de diciembre de 1922.

Aunque la postura del nuevo gobierno soviético era favorable a una soberanía real del nuevo Estado Turco sobre los Estrechos, el Tratado turco-soviético firmado el 16 de marzo de 1921, mantenía una cláusula en la que se contemplaba la libertad de navegación en los Estrechos bajo un régimen internacional, a establecer bajo un acuerdo de los países ribereños del Mar Negro. Pero ya durante la guerra greco-turca de 1919-1922 numerosos barcos de guerra griegos entraron en sus aguas con la protección de las fuerzas aliadas en Estambul. Lo que fue aprovechado por Moscú, a través de su ministro de Exteriores, Chicherin, para denunciar a las potencias occidentales por la “usurpación de los derechos de los países ribereños del Mar Negro y los Estrechos”, como Turquía, Rusia, Georgia, Rumania y Bulgaria. La acusación iba dirigida particularmente contra Gran Bretaña, a la que se acusaba de defender el principio de la libertad de los Estrechos como un subterfugio para el control de los mismos, con la consecuente amenaza para otros países.¹

A principios de febrero de 1923, se había llegado a un anteproyecto de convención sobre los Estrechos. Durante las negociaciones, el jefe de la delegación turca en Lausanna, Ismet İnönü, tuvo que maniobrar para lograr un equilibrio entre las amenazas de Lord Curzon, jefe de la delegación británica, y los ofrecimientos de Chicherin, que encabezaba la soviética. Lord Curzon, el último representante de la tradición anti-rusa de la política exterior británica del siglo XIX, se opuso en principio a la participación soviética en la Conferencia de paz, aunque al final se aceptó su presencia en la discusión sobre los Estrechos.

Por otra parte, en las negociaciones de Lausanna, se revirtieron las posiciones que habían mantenido Gran Bretaña y Rusia –ahora el Estado Soviético-, sobre la cuestión de los Estrechos, y que afectaron además a la postura de la nueva República Turca sobre el tema. Gran Bretaña defendió siempre –para inmovilizar la flota rusa en el Mar Negro- la máxima limitación para el paso de buques de guerra en las aguas del Bósforo y Dardanelos y de mantener la soberanía ilimitada del Imperio Otomano sobre los Estrechos. La Rusia Imperial pretendía que el Imperio Otomano proporcionara la libre navegación en sus aguas bajo todas las circunstancias, mediante la limitación de su soberanía sobre las mismas. Tras la derrota de ambos imperios en la I Guerra Mundial, las relaciones internacionales habían cambiado con respecto a la era del imperialismo. Gran Bretaña, ya sin el temor a la flota rusa, asumía el primitivo papel ruso de tratar de limitar la soberanía turca sobre los Estrechos, y sin restricción alguna para la entrada y salida de barcos de guerra de todos los países. Y nueva Rusia Soviética, que había experimentado en la guerra civil la libertad de navegación de buques de guerra en el Mar Negro, defendió la modalidad preconizada por el Imperio Británico en el siglo anterior, de soberanía otomana sobre los Estrechos.²

El gobierno nacionalista turco cambió varias veces de opinión en torno a la cuestión. Si en un primer momento, el Pacto Nacional de enero de 1920 había considerado la internacionalización de los Estrechos, el Tratado turco-soviético de marzo de 1921, preveía lo contrario, es decir, la total soberanía turca. La decisión última del gobierno de Kemal estimó que podrían ser contrarios a los intereses de la nueva Turquía un fuerte Estado Soviético en el Mar Negro, con limitación al acceso de flotas de otros países. Y prefirió el entendimiento con Gran Bretaña y los demás aliados. Por tanto, la delegación turca se aceptó a las propuestas de las demás naciones,

¹ CARR, E. H. op, cit., p. 486-487.

² CARR, E.H., op, cit. p.496-499.

prescindiendo del apoyo de la delegación soviética en las negociaciones, y aceptó un régimen de libre navegación entre el Mar Negro y el Mar de Mármara, puerta del Egeo. La única limitación al acceso de barcos extranjeros al Mar Negro era que ninguna potencia extranjera podría enviar una fuerza naval superior a la de cualquiera de los países ribereños. Las tesis británicas prevalecieron el anteproyecto de Convención, y la delegación soviética se retiró de las negociaciones.

La Convención de los Estrechos fue firmada e incluida eventualmente con el Tratado de Paz de Lausanna de 24 de julio de 1923. En ella se estableció un nuevo estatuto para los Estrechos, que fueron internacionalizados bajo el control de una Comisión Internacional mixta presidida por Turquía. El gobierno de Moscú no ratificó los términos de la Convención.

Aunque la cuestión de los Estrechos fue realmente resuelta en la Convención de Montreux (20 de julio de 1936), donde se reconoció la soberanía total de Turquía sobre las aguas del Bósforo y los Dardanelos. En efecto, una vez consolidada el régimen nacionalista, con la proclamación de la República el 30 de octubre de 1923, el nuevo Estado volvió a plantearse el control de sus aguas territoriales en la zona. En abril de 1936, y en un contexto de incremento de la tensión internacional, el gobierno turco pidió a los signatarios del Tratado de Lausanna un cambio en relación al régimen de desmilitarización de los Estrechos. El resultado fue la abolición de la Comisión Internacional de los Estrechos creada en Lausanna, la reversión a Turquía de su soberanía sobre las aguas del Bósforo y los Dardanelos, como hemos mencionado, y su militarización.¹

Aunque la Unión Soviética, tras la II Guerra Mundial, denunció la Convención de Montreux, exigiendo el acceso al Bósforo y a los Dardanelos tanto en tiempos de guerra como de paz, así como establecer bases militares en la zona.² Incluso el gobierno soviético revocó el Tratado Turco-Soviético de Amistad y No Agresión de noviembre de 1925. A partir de marzo de 1947, los Estrechos del Bósforo y Dardanelos cobrarían una nueva importancia. La Guerra Fría había comenzado.

II.2. Las relaciones turco-soviéticas tras la I Guerra Mundial

La Revolución de Octubre y la derrota del Imperio Otomano en la I Guerra Mundial significaron un vuelco completo en las relaciones entre Rusia y Turquía. Los bolcheviques y los nacionalistas turcos estaban ahora al frente de dos estados herederos de dos Imperios, el Otomano y el Zarista, que se habían enfrentado directamente desde finales del siglo XVIII. Y ahora se veían obligados a dejar de un lado sus rivalidades y a establecer una política de colaboración. Pero esta colaboración era producto de la nueva coyuntura internacional tras el conflicto bélico. En efecto, Rusia, que había combatido junto a los aliados frente a los Imperios Centrales en 1914-1918, pasó a ser el principal objetivo de la *Entente* tras la Revolución de Octubre.

El Gobierno Bolchevique comprendió desde el primer momento que le era imprescindible establecer buenas relaciones con su vecina Turquía, con el fin de mantener una sólida posición en los Estrechos y en la inestable frontera del Cáucaso. Como se ha mencionado anteriormente, Moscú renunció a las reivindicaciones zaristas

¹ “The Turkish Straits...” en *Perceptions*, op. cit. p.4-7; ZURCHER, E., op. cit. p. 211.

² SHAW, S., op. cit. p.399.

sobre Constantinopla. Por otra parte, a los nacionalistas turcos también les interesaba llegar a un acuerdo con Moscú para acabar con el frente militar que había surgido en Anatolia oriental con la República de Armenia, creada por el Tratado de Sèvres (10 de agosto de 1920).

Desde fines de 1918 el nuevo régimen surgido de la Revolución Rusa animaba a todos los pueblos de África y Asia sometidos al colonialismo a romper su relación con la metrópoli. En septiembre de 1919, el comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, Chicherin, hizo un llamamiento a los "obreros y campesinos de Turquía", en el que manifestaba el deseo de construir a una Turquía independiente, que recuperara su soberanía.¹ El nacionalismo turco y obtuvo desde los primeros momentos el apoyo de los bolcheviques, ya que muchos de los principios reformistas del programa del Pacto Nacional de 1920 coincidían con las medidas revolucionarias del Gobierno soviético, independientemente de la estrategia común frente a la Entente. Además, la resistencia militar turca en Anatolia a los griegos y los aliados, permitió a Mustafá Kemal aparecer como un campeón de los pueblos oprimidos, especialmente musulmanes, bajo dominio occidental. En este sentido, coincidía con la política soviética de denuncia del imperialismo, fundamentalmente británico.

Por otra parte, el Congreso de los Pueblos Orientales, celebrado en Bakú en septiembre de 1920 y auspiciado por la Comintern, supuso un gran golpe de efecto propagandístico. El Congreso, al que asistieron delegados 235 turcos, la mayoría de ellos nacionalistas y kemalistas, aclamaba a la Revolución de Octubre como la gran aliada del movimiento panislámico, en un momento en que parecía que la revolución mundial había alcanzado su punto álgido.

Las relaciones turco-soviética se estrecharon a lo largo del año 1920. La presión del Gobierno bolchevique y la ofensiva turca en el noreste de Anatolia, dirigida por el general Karabekir, acabaron con la República Armenia a fines de octubre de 1920. El Tratado de paz que se firmó en Alexandropol el 2 de diciembre fijó las fronteras orientales de Turquía. Aunque de hecho, este Tratado no fue ratificado, y las fronteras no fueron fijadas definitivamente hasta el Tratado de 16 marzo de 1921, una vez que la República Armenia entró a formar parte de la Unión Soviética.²

El Tratado de Amistad Turco-Soviético, firmado en Moscú el 16 de marzo de 1921, fue el primer tratado internacional firmado por el nuevo gobierno de Ankara, y supuso un primer paso para salir de su aislamiento diplomático. El Tratado reconocía las fronteras orientales de Turquía con la Unión Soviética tal como se formulaban en el Pacto Nacional, con la excepción de Batum, que pasaba a la República Soviética de Georgia, y Nachevan, región con mayoría de población turcomana que pasaba a ser región autónoma dentro de la también República de Azerbaiyán. Se reconocía, además, la soberanía turca de los Estrechos, y se contemplaba la elaboración de un estatuto internacional de navegación en la zona, en el que participarían todos los países ribereños del Mar Negro, como se ha mencionado anteriormente.

Los acuerdos con el régimen bolchevique permitieron a las fuerzas nacionalistas turcas, una vez consumada la derrota armenia en la Anatolia oriental, trasladarse al oeste, donde el ejército griego amenazaba Ankara y la Anatolia central. A finales de

¹ CARR, op, cit., p. 258-260.

² ZURCHER, op, cit., p. 273-274.

1921, las tropas de Kemal empezaron a recibir asesores, armas y municiones soviéticas, lo que permitiría a los nacionalistas pasar a la ofensiva en 1922.

Los periódicos españoles se refirieron en diversas ocasiones a la alianza y a las relaciones entre los nacionalistas turcos y los bolcheviques. El 4 de diciembre de 1920, el semanario *España* comentaba así la victoria de los nacionalistas turcos en Armenia:

Los kemalistas han ocupado toda Armenia. Kemal-Bajá, el nacionalista turco, es un aliado de los Soviets. La alianza parece extraña, pero Lenin ha declarado que el bolchevismo tiene el deber de ayudar a los pueblos oprimidos. Esto es una táctica para atacar a los Estados capitalistas en sus colonias. Kemal Bajá, que ha constituido el Gobierno de Angora, pretende sacudir el yugo impuesto a Turquía, y aceptado por su Gobierno oficial en la paz, que equivale a la disgregación...

... Los firmantes del tratado de Sèvres, que sancionó el reparto de Turquía, están dispuestos a su revisión persiguiendo el daño del antiguo amigo. Todos expresan sus simpatías turcas. Y no solo el Gobierno oficial de Turquía está en vías de entenderse con el rebelde Kemal, sino que también Francia e Inglaterra persiguen esta política. Sin embargo, Kemal es, según se dice en Ginebra, el opresor de Armenia y contra el cual deplora la Sociedad de Naciones no poder arrojar un ejército internacional, pero en Ginebra no se hace política práctica. El interés de los Estados, es entenderse con el vencedor. Y hay quien apunta la idea de separar a Kemal de los bolcheviques y darle un aliado más conforme con su naturaleza, pero en lucha contra los mismos Soviets.¹

Certeramente, la revista *España* ya valoraba esta alianza como algo meramente coyuntural, producto de la unión frente al enemigo común. Parecía extraño que un nacionalista turco llegase a entenderse con un régimen comunista ruso. Por otra parte, también es interesante señalar como el semanario sugería la idea de que Francia y Gran Bretaña estaban dispuestas a negociar por separado con los kemalistas, tras su distanciamiento debido a sus divergencias en la aplicación de los Tratados de Paz de París.

Otro aspecto de las relaciones turco-soviéticas que motivó diversos comentarios de la prensa española fue el del Panturquismo. Vimos anteriormente como el Panturquismo o el Panturanismo era el producto de una evaluación específica del nacionalismo turco; y como sus tesis eran adoptadas por Enver Pasha y sus partidarios dentro del Comité de Unión y Progreso.

Después del armisticio de Mudros en octubre de 1918, Enver intentó proseguir la guerra en el Cáucaso. Más tarde huyó a Berlín, donde estableció contacto con diversos grupos islámicos. Asistió al Congreso de los Pueblos Orientales en septiembre de 1920, y fundó después un movimiento panislámico, con algunos puntos socialistas en su programa. Por entonces Enver trató de obtener el apoyo ruso –fue detenido dos veces como espía intentando llegar a Moscú–, como una alternativa a Kemal, pero sus intrigas y rivalidades con éste último fueron aprovechadas por el Gobierno soviético, que lo utilizó hasta que se hizo firme la alianza con el gobierno de Ankara.² Posteriormente, intentó entrar en la Anatolia, pero el afianzamiento de Mustafá Kemal en el ejército a

¹ “Armenia, Europa y los Bolcheviques”, *España. Semanario de la vida nacional*, 4 de diciembre de 1920.

² Cfr. ZURCHER, op. cit., p.165-166; CARR, op. cit., p. 276-278.

finales de 1921 le hizo buscar de nuevo el apoyo del Gobierno soviético, que quiso utilizarlo para sofocar y controlar los movimientos islámicos y nacionalistas en las repúblicas de Asia Central. Una vez allí, se enfrentó a Moscú y organizó un movimiento armado para establecer en el Turquestán y otras repúblicas del Asia Central un Estado panturquista e islámico. En junio de 1922 encontró la muerte en un choque armado con un destacamento del Ejército Rojo.

El semanario *España* daba cuenta de las tendencias islamistas y panturquistas en el nacionalismo turco:

La política inglesa en el Asia otomana provocó una reacción nacionalista acaudillada por Kemal Pachá; los nacionalistas de Angora querían libertar al Profeta de los creyentes; en esa aspiración final se reducía su coincidencia; el procedimiento preconizado por los nacionalistas turcos difería; unos, los occidentalistas, inspirados por Kemal, reduce su desideratum a la Turquía propiamente dicha; los asiaticistas, aspiraban a un plan más atado (sic), consistente en abarcar todo el mundo musulmán; pensaban en Turquía, en Egipto, en Marruecos, en Afghanistan.¹

ABC afirmaba el 28 de diciembre de 1922 que el apoyo de Moscú a los planteamientos de los nacionalistas turcos en las futuras negociaciones de paz era una estrategia por lograr el enfrentamiento con los aliados, e impedir así un acuerdo con las potencias occidentales:

La victoria de Mustafá Kemal bajá no ha provocado en Moscú alegría sincera; los bolcheviques prefieren una Turquía exasperada a una Turquía dueña de Constantinopla, que pertenezca a la Sociedad de naciones y que viva en paz con las grandes potencias occidentales. Por esta razón, el representante ruso en Angora, Aralof, intenta empujar a Kemal hacia la intransigencia con los aliados. Si la futura Conferencia de paz da satisfacción al nacionalismo turco, la influencia bolchevique habrá disminuido considerablemente en Turquía, y por ende, en toda el Asia Central.

Los bolcheviques basaron, sin embargo, parte de su política extranjera en la explotación de la xenofobia de los pueblos de raza uralo-altaica (turco-mongol), presentándose ante ellos como libertadores contra el imperialismo zarista y británico. El Congreso de los Pueblos de Oriente (1º de septiembre de 1920); el acuerdo ruso-persa, el ruso-turco, el ruso-afghano (28 de febrero, 16 de marzo y 22 de marzo de 1921); el Congreso de los Trabajadores del Extremo Oriente (21 de enero de 1922), y la fundación de escuelas de propaganda de Samarkanda, Bokhara y Tackent (sic), son disposiciones que sirvieron para este mismo fin.

... Pero los pueblos turcos han mostrado escasa predisposición por la propaganda comunista; cada día sienten más fuertemente los lazos de raza y de religión que les unen entre si y que les hacen oponerse al bolcheviquismo, a esta nueva forma del imperialismo de Moscovia...

... En Ferghan sigue la guerrilla antirrusa de los sublevados, capitaneados, según se afirma, por Enver Bajá, cuya muerte se ha anunciado casi tan a menudo como la de Lenin. Y si en Angora triunfan los moderadores, habrán perdido la partida, ya que

¹ “Los nacionalistas en Turquía”, en *España. Semanario de la vida nacional*, 20 de julio de 1922.

*reconocerá necesariamente el antagonismo entre los turcos, dueños Constantinopla, y los rusos, que no cesan de anhelar esta llave de Oriente.*¹

Se constata en el periódico conservador madrileño una cierta rusofobia, ya que enlazaba la actitud de la Rusia revolucionaria con en la continuidad de la política imperialista rusa en Asia Central.

Por otra parte, la prensa española no escapó a la figura de Enver Pasha. Un curioso editorial de *La Vanguardia* hacía referencia a su aventura en el Turquestán:

... Enver huyó. En su desesperación, buscó refugio en Rusia y confesó la fe de los soviets, Lenin y Trozky. El embajador ruso en Afganistán garantizaba su sinceridad y le confiaron una misión difícil...

Rusia y la Turquía de Angora habían hecho un Tratado de Kars por el que se comprometían a no estorbarse mutuamente en Asia. Sin embargo, ese Tratado no había influido en el ánimo de los naturales de Turquestán ruso, sublevados contra el poder soviético. Sobre todo, las guerreras e indomables tribus batmachis constituían la pesadilla de los jefes soviéticos...

¿Sería Enver capaz de vencerlas? Trotzky y Lenin así lo creyeron. Diéronle plenos poderes. Pusieron a sus órdenes un ejército y le enviaron al Turquestán. Pero apenas llegado hizo traición. Entendiéndose con los basmatchis. Llamó a las armas a todos los turquestanos. Fundó un gobierno. Rindió ciudades. Instalóse en la Fergana. Obligó a capitular las guarniciones afectas al régimen soviético. Derrotó a las columnas mandadas contra él. Y declaró altamente que el Turquestán, cuna de la raza turca, no debía ser ruso, sino osmanlí, no cristiano, sino musulmán.

El Consejo de comisarios de Moscú, cuando pudo reunir tropas suficientes y disciplinadas, preparó una expedición de castigo. 150.000 soldados marcharon a Taschkent. Enver, derrotado en varias batallas, desapareció del Asia Central.

*¿Donde esta ahora? ¿Qué planes medita? El gobierno de Angora no aprueba su conducta. Mustafá Kemal ha dicho públicamente que perjudica con sus arrebatos, con sus gestos teatrales, con sus imprudencias, la causa de Turquía. Pero seguramente no pasará mucho tiempo sin que las agencias telegráficas nos digan que Enver ha surgido en alguna parte al frente de un partido, o un bando o un ejército...*²

La firma del Tratado de Amistad Turco-Soviético de 16 de marzo de 1921, y el abandono, por parte de Kemal y los nacionalistas turcos de cualquier pretensión panturquista o apoyo hacia cualquier movimiento nacionalista en Asia Central, contribuyó a estabilizar y a estrechar las relaciones turco-soviéticas durante los años veinte. La nueva República Turca se replegó sobre sí misma y prescindió del panturquismo como instrumento u objetivo en su política exterior.

Por otra parte, la prensa española se hizo eco en diversas ocasiones de las implicaciones y temores internacionales que suscitaban las posibles alianzas turco-

¹ “Los Soviets y el Panturquismo”, en *ABC*, 28 de septiembre de 1922.

² “Enver el inquieto”, en *La Vanguardia*, 3 de noviembre de 1922.

soviéticas. En diciembre de 1925, *El Debate* recogía los comentarios de la prensa francesa sobre el nuevo tratado de neutralidad entre Turquía y la Unión Soviética:

*... En opinión del Journal, Turquía ha cometido una grave imprudencia al concertar un pacto de neutralidad con Rusia, ya que es más probable que la joven república sufra una creciente influencia por parte de los rusos, sino es absorbida por éstos...*¹

En noviembre de 1926 se celebró en Odessa una entrevista entre el ministro soviético de Asuntos Exteriores Chicherin, y el de Turquía, Tewfik Redchi Bey. La prensa española también especuló sobre las posibles intenciones y consecuencias de lo que parecía un nuevo estrechamiento de las relaciones turco-soviéticas. *El Sol* comentaba el 16 de noviembre lo siguiente:

La entrevista en Odessa de Chicherin y Tewfik Ruchdi Bey, ministros de Negocios Extranjeros de Rusia y Turquía, es causa de gran emoción en el mundo diplomático. Según los periódicos ingleses, este hecho puede ser trascendental y hasta decisivo para la política inglesa en el Asia. Se teme la formación de una Sociedad de Naciones asiáticas, dirigida por Rusia, en contraposición a la Sociedad de Ginebra. Por lo menos, se teme que esta entrevista constituya el primer paso para un Pacto como el de Locarno entre Rusia, Turquía, Persia y Afghanistan...

Por justificados que parezcan estos temores, hay otras señales para creer que los propósitos de Rusia y Turquía son más modestos, y se semejan muchos a una de esas maniobras de amenaza en que incurren con frecuencia rusos y turcos a porfía...

Hay, sin duda, en estas naciones situadas entre Europa y Asia una vacilación que, en ciertos momentos, les lleva espontáneamente hacia Oriente.

*Pero ha de diferenciarse muy bien lo que es proclividad natural, aproximación honda, de los que es gesto político sin consecuencia, que utiliza esa posición dudosa e intermedia. Rusia y Turquía echan mano con frecuencia del mito de Oriente. Pero ni una ni otra pueden prescindir de las potencias occidentales en su desenvolvimiento*²

Aunque *El Sol* señalaba que dicha alianza contra la Sociedad de Naciones no tenía visos de realidad, las relaciones turco-soviéticas preocupaban a las potencias occidentales. Parecía imposible que los antiguos enemigos pudieran haber firmado un tratado de amistad, tras siglos de enfrentamiento. El tema también tenía su reflejo en la prensa española. Unos días después, *Heraldo de Madrid* publicaba lo siguiente:

¿Cuál es el significado y el valor de la entrevista celebrada en Odessa entre Chicherin y el ministro de Negocios Extranjeros, Tewfik Rudchy Bey? Ciertos comentaristas han exagerado, más o menos sinceramente su alcance. A creerles, se trataría de un acontecimiento gravísimo, propio para causa de alarma de las naciones de Europa occidental. Se trataría de la firma de una alianza ruso-turca, primer eslabón de una cadena destinada a unir bajo la supremacía rusa a todos los pueblos asiáticos frente a la Sociedad de Naciones...

¹ *El Debate*, 25 de noviembre de 1925.

² “Rusia y Turquía”, en *El Sol*, 16 de noviembre de 1926.

*... En si misma la entrevista no tiene nada de chocante... Como vecinas que son, Rusia y Turquía tienen pendientes varias cuestiones importantes, cuyo arreglo justificaría por sí solo la entrevista de sus dos ministros de Estado. Por otra parte, no es tampoco de hoy la aproximación entre Mustafá Kemal y los Soviets. Apenas hace un año se ha firmado entre las dos naciones un tratado de neutralidad. ¿Se trata ahora de simplemente de precisar los términos, quizás algo vagos, de ese primer Tratado, o bien de ampliar su esfera de acción?*¹

Lo más significativo en este editorial es comprobar como cualquier tipo de acercamiento entre la política exterior turca y soviética era seguido con vivo interés. Además, existía un cierto temor a la formación de un frente de países antioccidentales liderados por la Unión Soviética. Pero hay que decir también este acercamiento se veía siempre como una cuestión meramente táctica, y en el que Turquía se veía obligada a adoptar una posición subordinada. En este sentido, comentaba lo siguiente *El Sol* el 4 de diciembre de 1926:

...La amistad entre Rusia y Turquía nació en los tiempos de transición del régimen, cuando aquella veía atacada su integridad por la acometividad de las potencias de Europa que se resistían a aceptar una Rusia roja al mismo tiempo que esas potencias se preparaban para eliminar a Turquía del mapa del mundo. Es entonces cuando ambos pueblos creyeron comprenderse y se unieron en la desgracia para ayudarse mutuamente. Pero hablando en el lenguaje práctico de la política internacional: ¿para qué le sirve a Turquía su amistad con Rusia? Rusia es un coloso inexpugnable, pero dentro de su propia casa, y ni al propio Chicherin ha podido ocurrírsele la idea de defender con las naves la amistad de su aliada.

*He aquí cómo la joven República turca debe considerarse perteneciente a otro continente cediendo la vanguardia a Rusia, que un día pedirá el precio de esta operación cuando las necesidades del Soviet exijan la rusificación de la joven e inexperta nación turca; pero en cambio, tiene hoy el consuelo de verse solicitada por pueblos diferentes que se amontonan entre sí para acabar o resistir mejor al yugo del imperialismo inglés*².

En estos párrafos de *El Sol* se sintetizaba la visión de las relaciones turco-soviéticas por parte de los medios españoles. Una alianza que estaba supeditada a las ambiciones internacionales del nuevo Estado Soviético. Esta opinión no dejará de estar presente en los diarios españoles cada vez que se analizaba la política exterior rusa en el Mediterráneo oriental.

Por otra parte, la nueva República Turca mantuvo unas excelentes relaciones con la Unión Soviética hasta la II Guerra Mundial. Incluso en 1935 se firmó un nuevo tratado de amistad. Pero dichas relaciones no fueron tampoco el único objetivo primordial de la política exterior de Turquía en entreguerras.³

¹ “La alianza turco-soviética”, en *Heraldo de Madrid*, 20 de noviembre de 1926.

² “El pacto-asiático”, en *El Sol*, 4 de diciembre de 1926.

³ ZURCHER, op, cit. p. 210.

FUENTES DOCUMENTALES

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON, Matthew. S: *The Eastern Question: 1774-1923. A Study on International Relations*. Londres, MacMillan Press, (4ª ed.), 1972.

CARR, Edward Hallet: *Historia de la Rusia Soviética. La Revolución Bolchevique (1917-1923) V.3: la Rusia Soviética y el mundo*. Madrid: Alianza Editorial (3ª ed), 1985.

MORALES LEZCANO, Víctor: *El Mediterráneo (II) Edades Moderna y Contemporánea*. Madrid: EUDEMA (Colección Historia), 1993.

MORALES LEZCANO, Víctor: *España y la Cuestión de Oriente*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores (Biblioteca Diplomática Española. Sección Estudios; 9), 1992.

PALMER, Alan: *The Decline and Fall of the Ottoman Empire*. Nueva York: M. Evans and Company Inc, 1993.

RENOUVIN, Pierre: *Historia de las Relaciones Internacionales. Siglos XIX y XX*: Madrid. Akal, 1982.

SHAW, Stanford J: *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey Empire. Vol. I Empire of the Gazis: the rise and decline of the Ottoman Empire (1280-1808) Vol. II Reform, Revolution and Republic. The Rise of Modern Turkey (1808-1975)*. Cambridge: University Press, 1976.

VALLEJO FERNÁNDEZ-CELA, Sergio: *La caída del Imperio Otomano y la fundación de la República Turca: una visión española*. Madrid: Cuadernos de Historia de las Relaciones Internacionales (2), 2001.

VILAR RAMÍREZ, Juan Bautista: “La Cuestión de Oriente y el Mediterráneo”, en *Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas* (Coord. por Juan Carlos Pereira). Madrid: Ariel Historia, 2001.

YÜKSEL, Inan: “The current regime of the Turkish Straits”, en *Perceptions. Journal of International Affairs*, March-May 2001, Vol. VI, nº 2.

ZURCHER, Eric J.: *A Modern History*. London, New York: I.B. Taurus & Co Ltd, 1993.

FUENTES HEMEROGRÁFICAS

Diarios

ABC

EL DEBATE

HERALDO DE MADRID

INFORMACIONES

EL SOL

LA VANGUARDIA

Revistas

ESPAÑA. SEMANARIO DE LA VIDA NACIONAL

ÍNDICE

Presentación	
Víctor Morales Lezcano	2
Turquía: del imperio a la república (1914-1923). La consolidación del kemalismo (1923-1938)	
Víctor Morales Lezcano	3
Percepciones cruzadas: desencuentro entre turcos y europeos	
Gül Işık Alkaç	17
Las relaciones entre Turquía y la Rusia Soviética y la cuestión de los Estrechos: antecedentes y repercusión en la prensa española (1920-1926)	
Sergio Vallejo Fernández-Cela	23
Índice	48